

CANELA FINA

COMEDIA

EN TRES
ACTOS

JOSÉ
TÉLLEZ
MORENO

La
Fina
a
50
cents.



Libro 13E



Cubierta

de

este

número:

Loreto Prado



y

Milagros Leal



en

una

escena

de

Canela fina



Foto. Contreras y Vilaseca

JOSE TELLEZ MORENO

CANELA FINA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

R-9972-A

*Estrenada en el Teatro Cómico de Madrid
el día 5 de diciembre de 1933.*

DIBUJOS
DE
GUTIERREZ NAVAS



la farsa

AÑO VIII ||| 24 DE MARZO DE 1934 ||| NÚM. 341
M A D R I D

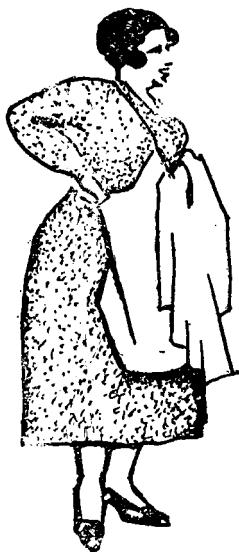
REPARTO

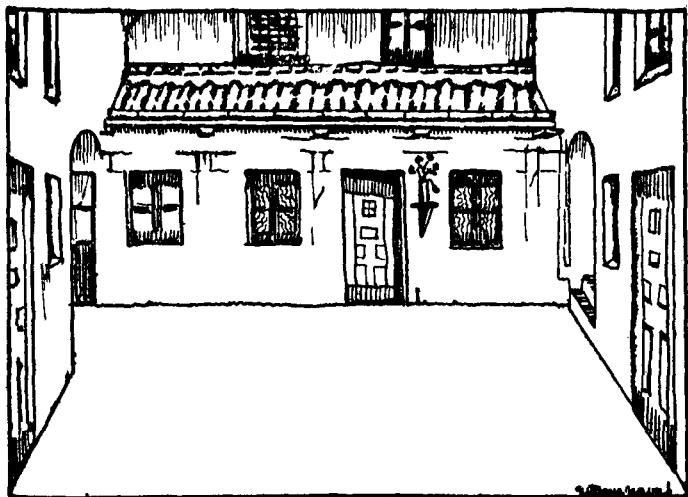
PERSONAJES

ACTORES

<i>Clara</i>	Srta. Leal.
<i>Sofía</i>	» Prado.
<i>Elena</i>	» Solís.
<i>Lucrecia</i>	Sra Losada.
<i>Patro</i>	Srta. Del Cid.
<i>La seña Trini</i>	» Melchor.
<i>Catalina</i>	» Anchorena.
<i>Ventura</i>	Sr. Soler Mary.
<i>El señor Lucas</i>	» Chicote.
<i>Don Fermín</i>	» Perchicot.
<i>Angel</i>	» Quijano.
<i>El tío Rísica</i>	» N. N.
<i>Un Vendedor</i>	» Sampietro.
<i>El Sereno</i>	» Martínez.

ACTO PRIMERO





Un patio de vecindad, limpio y alegre, en el barrio de la Morería de Madrid. La casa, al fondo, es de planta baja, dejando ver por encima de su tejado la parte superior de una calle estrecha vista a lo largo. Los dos laterales se supone que es de varios pisos, de los cuales serán visibles el bajo y el siguiente. Este a ambos lados tendrá sendas ventanas. Al fondo y en los dos laterales, cuartos habitables, con su puerta y ventana correspondientes; los de los lados, en primer término. En el lateral derecha, segundo término, el principio de un portal, viéndose la entrada de la portería; y en lateral izquierda, también segundo término, el arranque de una escalera. Una lámpara eléctrica de brazo. Es una mañana de otoño. Un sol lleno de vida cae sobre el patio. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

(Todas las ventanas, altas y bajas, aparecen entreabiertas; asimismo las puertas. Estas y aquellas, o alguna nada más, tendrán cortinas. CLARA y SOFIA, en el patio, junto a la puerta de la primera, que será la del fondo, toman el sol y cosen las dos en un mismo vestido. Clara, joven, sin ser una chiquilla, es una madrileña de las que monopolizan los requiebros. Su garbo, su acento jovial y fino la caracterizan sobre todo. Sofía es una muchachita viva e ingenua. Se alza el telón con música de radio, interpretándose una bonita pieza de concierto. El altavoz se supone que pertenece a uno de los pisos últimos. Los personajes de escena hacen una pausa, tras de la cual llama desde dentro CATALINA, portera y madre de Sofía.)

CATALINA.—¡ Sofea !

(*Sofea hace un gesto de disgusto y sigue en su costura como si no hubiese oído. Repetirá el mismo gesto siempre que la llamen por "Sofea". Otra pausa menor y dice, por la radio.*)

SOFIA.—¡ Este inquilino nuevo que vive con la "radio" es un ansioso ! ¡ Vaya él caliente y tírtele el nuncio !

CLARA.—¡ Lo que es ése ! No tírta el que quiere, sino el que puede. En to hay categorías.

SOFIA.—Hasta en el gremio de los pelmas. (*Llamando.*) ¡ Radioes-cuchoso !

CLARA.—¡ Déjale, chica !

SOFIA.—No, mujer ; que molesta. Le ha dicho ya mi madre, hasta en gallego, porque es francés el hombre, que hay inquilinos en esta casa que por mor del trabajo hacen la noche día, y *vice-verso*.

CLARA.—Versa.

SOFIA.—¿ Has dicho un ajo, tú ?

CLARA.—(*Riendo.*) No, criatura.

SOFIA.—¡ Ya ! Me habías asustao. ¡ Tan señorita como eres !

CLARA.—(*Riendo.*) ¡ Cualquiera que te oyese !

SOFIA.—Yo sé lo que me he dicho. ¡ Pero mira el radio-posma qué caso hace ! ¡ Es que no hay ley para él ! (*Llamando.*) ¡ Señor del quinto !... ¡ Señor *fransuá* !... ¡ Que apague ustez la murga !... ¡ Sí, señuar ! ¡ No le ha dicho a ustez la portera que ahora es de noche pa un sereno de casa y pa un juerguista ?... ¡ Pues claro !... ¡ *Adúas*, señor ! (*Cesará la música.*)

CLARA.—(*Riendo.*) ¡ Hablas francés como un turista !

SOFIA.—Es que hay porterías que son academias de lenguas vivas.

CLARA.—(*Riendo.*) Y que lo digas. Cose, Sofía, cose, que di palabra de entregar hoy.

SOFIA.—Queda poco.

CATALINA.—(*Como antes.*) ¡ Sofea !

CLARA.—Tu madre tiene apetito. Anda, vete a almorzar.

SOFIA.—Cuando me llame por mi nombre.

CLARA.—¡ Qué más da ! ¡ Pues sí que no me cargan a mí pegotes !

SOFIA.—Es que el mío es un disparo : ¡ Sofea ! ¡ Soy yo un botón ?

CLARA.—Eres bonita sin ser un cromo.

SOFIA.—¿ Y pa mi madre... ?

CLARA.—Pa tu madre, una diosa. Pero te llama así por distinguírte.

SOFIA.—Pues que sea más formal. Yo no me he confirmao, y soy Sofía.

CATALINA.—(*Igual.*) ¡ Sofea !

CLARA.—¡ Acude, chica !

SOFIA.—Urge el vestido ésto. Ya sabes que la Eugenia se nos casa mañana y que la tonta no ir desnuda. (*Rien.*)

CLARA.—Por variar; hoy el desnudo es ropa de diario.

SOFIA.—Oye, ¿será por eso que nos casamos menos cada día?

CLARA.—¿Ya quieres tú casarte, monigota?

SOFIA.—No lo afearía mi madre.

CLARA.—Lo creo.

SOFIA.—Mi madre afea tu opinión; ella es de las que dicen que el marido hay que cazarle como a los grillos: pronto y sin preguntarle por la familia.

CLARA.—¿Cuando lo dice ella, que lleva cuatro!

SOFIA.—Eso es desgracia, Clara.

CLARA.—O suerta. ¡Vete a saber! ¿De cuál de esos maridos eres tú?

SOFIA.—Según mi madre, del segundo; pero mi tía Filo tie sus dudas. (*Rie Clara.*) Como te digo.

CATALINA.—(*A Sofia, asomada a su puerta.*) ¡Pero, chica!

SOFIA.—¡Pero, madre!

CATALINA.—¡Vies a almorzar o almuerzo yo por tí!

SOFIA.—(*Levantándose rápidamente y como asustada, por lo que se reirá Clara.*) ¡Qué val! No tengo yo mis dientes pa que se me apollillen. Abur, Clarita.

CLARA.—Adiós, diablo. (*Mutis de madre e hija por la portera. Clara al verse sola cesa de reír y se levanta para mirar con interés, pero sin avanzar, hacia el interior del cuarto de la derecha. Estando así aparece por la escalera y se detiene en el primer tramo el SEÑOR LUCAS, viejecito burgués, jovial y "verde". Viste correctamente. Su aspecto es de hombre adinerado. Mira con entusiasmo a Clara, pero le sobreviene a poco un golpe de tos y se deshace el cuadro. Clara repara en él y hace un mutis rápido por su casa, diciendo gravemente.*) Buenos días, señor Lucas.

LUCAS.—Adiós, garbosa. (*Rompe a reír y rompe a andar con dirección a la calle, pero sin dejar de reír y hablar.*) Los tres tiempos de todas y con el mismo orden: esquivéz—que es en el que la tengo—, distracción y ansiedad. Es graciosa la chica. (*Mutis. Y vuelve CLARA para reanudar su labor. No llegará a sentarse.*)

CLARA.—¡Qué vejete, Señor!... Es que presume más que un bigote rizado.

ANGEL.—(*Dentro.*) ¡Clara!

CLARA.—Angel, estoy aquí. (*Avanza hacia su casa a la par que se presenta ANGEL en la puerta de la misma. Angel es un muchacho nobletón y alegre. Viste con sencillez, pero muy limpiamente. Clara y él se tratan con un amor envidiable. Aparece diciendo.*)

ANGEL.—Es que me voy.

CLARA.—Oye, que la hora de nutrirse está si cae o no cae.

ANGEL.—Tardo en volver lo que tarde en avistarme con mi jefe.

CLARA.—¿De veras das por concluidas tus vacaciones?

ANGEL.—No me va el veraneo ahora en otoño, que es cuando me ha correspondido en la oficina. A mí me irá; nos irá, mejor dicho, porque tú eres mi guía, cuando conquistaste yo...

CLARA.—(Interrumpiendo.) ¡Silencio, que la ambición hace sufrir más de la cuenta! A ver antes de irte.

ANGEL.—La requisa diaria.

(Efectivamente, sin dejar de hablarse, Clara mira y remira a Angel de arriba abajo para sacudirle alguna mota, si la encuentra, y arreglarle alguna que otra cosa del indumento. Al principio de esta faena y sin que reparen en él llega de la calle DON FERMIN, hombre cuarentón, galante, correcto y agradable; es además hombre de posición holgada. Se detendrá apenas asome, fije con extrañeza en la situación cariñosa de la escena.)

CLARA.—La requisa, sí... ¡Si no fuese por una!

ANGEL.—Voy pa un certamen de limpieza.

CLARA.—¡Estate quieto! Siempre se encuentra alguna mota.

ANGEL.—Vas a quedarte con las ganas. Pero si apenas me desrudo cepillas hasta el reloj.

CLARA.—Ni así anda bien. (Ríe él. Súbita.) ¡Un pelo!

ANGEL.—¡Atiza!

CLARA.—Mucho te arrimas tú al peligro. (Le sopla el pelo.)

ANGEL.—Que me gusta ceñirme.

CLARA.—¿Sin elegir ganao?

ANGEL.—(Riendo.) Ya sabes tú que tengo gusto.

CLARA.—¡Buen tundo estás! ¡Lo llevas todo?

ANGEL.—(Tocándose en diferentes sitios.) Pa mí que sí.

CLARA.—¿El reloj?... ¿El pañuelo?... ¿El monedero?

ANGEL.—Mira, no; el monedero me lo he dejao en el chaleco seül.

CLARA.—(Triunfante y haciendo mutis por su casa.) ¡Métete ahora con mi requisa!

ANGEL.—(Con entusiasmo, cuando desaparece ella.) ¡Benditas seas!

DON FERMIN.—(Contagado.) ¡Y usted!

ANGEL.—¿Eh? No habíamos reparo en que hubiese gente extraña.

DON FERMIN.—No creo que hicieran nada malo.

ANGEL.—¡Qué va! Quererse es querer a Dios, que es lo que hacemos a toas horas.

DON FERMIN.—Quererse como ustedes, que dan envidia.

ANGEL.—A la recíproca que estamos. Yo la llevo en mis ojos pa ver con sol hasta de noche, y ella vive pendiente de mi aliento. Cuida de mí que hay que besarla hasta cuando ríe. (Riendo.) Porque ríe también. Es muy puesta en sus puntos. ¡Pero lo hace to con un sentido y con un garbo!...

DON FERMIN.—Lo repito: bendigo a usted per su suerte.

ANGEL.—Es de las mejorcitas, sí, señor.

DON FERMIN.—Pero, dígame usted...

ANGEL.—Pregunte lo que quiera.

DON FERMIN.—¿Le molesta?

ANGEL.—¡Quite de ahí! No me parece usted un chiflao.

DON FERMIN.—*(Riendo.)* Gracias...

ANGEL.—Pregunte.

DON FERMIN.—¿Qué es de usted esa mujer?

ANGEL.—Ya lo ha visto, señor, ¡mi gloria!

DON FERMIN.—Además de su gloria.

ANGEL.—¡Mi madre!

DON FERMIN.—Su... En el sentido figurado, ¿no?

ANGEL.—En su sentido único: ¡mi madre!

DON FERMIN.—Pero...

(Interrumpe la presencia de CLARA, que volverá con el monedero de Angel. Este y Clarita hablan como si no hubiese nadie más. Y don Fermín, a un lado, queda entregado a su impaciencia.)

CLARA.—El monedero, Angel. ¿Te olvidas de algo más?

ANGEL.—Al regreso, si acaso, si no te traigo algo que te agrada.

CLARA.—Oye, sí; tráete un postre goloso.

ANGEL.—Eso sería agradarme yo.

CLARA.—Por eso te lo digo. ¡Hala, ya estás pitando! No retrases la vuelta, que están hoy los garbanzos que perfuman.

ANGEL.—Hasta ahora, ¡visión!

CLARA.—Adiós, Apolo. *(Mutis riendo de Angel. Clara al ver desaparecer a éste se dirige a sentarse y antes es detenida por don Fermín.)*

DON FERMIN.—Joven, haga el favor.

CLARA.—Sin favor. Le escucho.

DON FERMIN.—Una pregunta.

CLARA.—¡Sí que pregunta usted!

DON FERMIN.—¿Es que ha oído usted antes?

CLARA.—No estaba lejos y han llegado a mí algunas palabras.

DON FERMIN.—Lo celebro. ¿Qué es de usted ese joven que acaba de salir?

CLARA.—Nada más que mi padre.

DON FERMIN.—¡Su...!

CLARA.—¡Mi grandísimo padre!

DON FERMIN.—Señorita, por Dios, ¡que yo estoy bien despierto!

CLARA.—¿Cree usted?

DON FERMIN.—¡Lo juro! *(Ríe ella.)* Por favor, ¿qué es de usted?...

CLARA.—¡Mi hermano, señor, mi hermano! *(Riendo se dirige a sentarse para seguir costando. El respira.)*

DON FERMIN.—¡Acabáramos!... Pensé que los informes que traía no eran justos.

CLARA.—El joven es mi hermano, mi padre, mi delirio; y yo pa él...

DON FERMIN.—¡El desiderátum!

CLARA.—Así lo creo.

DON FERMIN.—Calcule usted. Quedamos huérfanos los dos hace seis años, sin más familia que nosotros, y desde entonces, ca cual haciendo lo que sabe, él en una oficina y yo cosiendo en casa, nos devivimos por agradarnos, por ser dichosos.

DON FERMIN.—¡Por muchos años! Ahora...

CLARA.—Ahora ¿qué?

DON FERMIN.—Que ese amor que usted dice no impedirá... lo natural; lo que a los dos ha de llegarle alguna vez: otro amor diferente.

CLARA.—Es ley de vida. Mi hermano tie su novia.

DON FERMIN.—¿Y usted?...

CLARA.—Yo, ¿qué?

DON FERMIN.—¿Usted no tiene novio?

CLARA.—Aun no.

DON FERMIN.—Me alegra.

CLARA.—¡A mí ni pizca!

DON FERMIN.—(*Después de reír.*) Eso es franqueza. La llaman justamente tantas cosas: "Clavel rumboso", "la Garbosa", "Canela fina"...

CLARA.—¿Usted también sabe to eso?

DON FERMIN.—Por cuenta propia desde que vengo viendo a usted sin que sus ojos correspondan; pero es que, aparte de eso, toda la Morería lo dice. Y como yo antes de entrar aquí he hablado con más de un conocido—que los tengo excelentes—he oído de todos idénticos requiebros y la siguiente conclusión: "Clarita es la patrona del distrito."

CLARA.—(*Escamada y levantándose.*) Señor, si es que ha venido usted a hablarme a mí, le quedaría reconocida si se explicase pronto. No me va el tono medio en ciertas cosas.

DON FERMIN.—Comulgo con usted.

CLARA.—Absuelto de antemano.

DON FERMIN.—(*Riendo.*) Gracias.

CLARA.—(*Indicándole una silla.*) ¿Desea tomar el sol?

DON FERMIN.—(*Insinuante.*) ¿Cuál?

CLARA.—(*Convencida por la intención de don Fermín y a la expectativa.*) ¡Ya!... (*Por su cara.*) Este se haya en eclipse.

DON FERMIN.—Las herejías las condenamos Dios y yo.

CLARA.—(*Después de reír zumbonamente.*) Quise decirle que si quería usted sentarse.

DON FERMIN.—Me glorifica usted.

CLARA.—Es que después de haberle oído rectifico.

DON FERMIN.—(*Algo corrido.*) ¡ Ah!

CLARA.—Disculpe mi *astituz*.

DON FERMIN.—Me parece prudente. La he requebrado a usted, poniendo en la mirada... lo que aun me callo, y esta es la hora que usted no sabe todavía quién soy yo.

CLARA.—¡ Pa chasco! No hablo yo tanto tiempo con el primer grillo que salta. Soy cliente de su tienda, don Fermin, y aunque usted no despacha, se le ve algunas veces detrás de un enrejao; de un enrejao decente, claro es.'

DON FERMIN.—(*Contento.*) ¿ No sabe más de mí?

CLARA.—Na malo, que no es poco.

DON FERMIN.—Celebro cuanto oigo. Me tengo, como dicen, por un hombre cabal; es decir, cabal en lo que cabe siendo hombre. No soy, por otro lado, un impulsivo. Mis cuarenta cumplidos reflexionan. Quiero sentar, Clarita, que yo no me enamoro tontamente. Duermo y sopeso mis deseos. Pero después, si algo me gana, si algo me empuja a su conquista.... soy resuelto y tenaz. Voy por lo mío y a lo mío hasta vencer.

CLARA.—(*Con ironía.*) ¡ Qué hermosura!

DON FERMIN.—Pues aquí estoy.

CLARA.—¿ Cómo?

DON FERMIN.—Que aquí me tiene usted.

CLARA.—(*Zumbona.*) ¿ Quié usted saber mi edad?

DON FERMIN.—Diría usted la justa todavía. (*Rien. Acercándose a ella con entusiasmo.*) ¡ Preciosa!...

CLARA.—(*Parándole.*) ¡ Precaución!... que le han dao cera al suelo... ¡ Caray con el templeao! ¿ A qué le llama usted ser lo contrario de impulsivo?

DON FERMIN.—A estar lejos de usted.

CLARA.—¡ Ah!, ¿ sí?... Iba usted a irse, ¿ no?

DON FERMIN.—Se me niegan las piernas.

CLARA.—¡ Ya está bien! He oído a usted con gusto, primero, por decencia, y segundo, como ha podido comprobar, porque sabía con quién hablaba; pero después que veo que viene confundido...

DON FERMIN.—(*Interrumpiendo.*) ¡ Alto!

CLARA.—Sí, señor, ¡ alto ya! (*Se desentiende de él para sentarse y reanudar su costura.*)

DON FERMIN.—No se me ofenda, guapa. Doy mi cara lealmente. Ni siquiera, Clarita, me siento envanecido porque posea una posición de privilegio, absurdamente hablando, con relación a la de usted. Yo no creo como muchos que la riqueza abra murallas. No vengo confundido. La sigo desde hace tiempo como podría seguiría un hombre libre, resuelto a hacerla mía por derecho. Yo soy un hombre noble.

CLARA.—Saluz pa disfrutarlo.

DON FERMIN.—¡Hable usted con usted?

CLARA.—¡Jajay! ¡No le crea presumido!

DON FERMIN.—Tenaz; soy tenaz nada más.

CLARA.—(*Despidiéndole.*) Adiós, señor.

DON FERMIN.—Como usted guste. Pero tome usted nota... Yo he de casarme con usted.

CLARA.—Le quedo agradecida, don Fermín. Pero no insista usted; hágase ya a la idea de que ha sufrido usted un sueño malo.

DON FERMIN.—(*Emocionado.*) Clarita...

CLARA.—Se lo ruego.

DON FERMIN.—¿Es que quiere usted a alguien?

CLARA.—¡De manera increíble!

DON FERMIN.—¿Y no tiene usted novio?

CLARA.—No, señor.

DON FERMIN.—Pues...

CLARA.—Diga lo último que piense.

DON FERMIN.—(*Animado.*) No lo que pienso, lo siento... Yo he de casarme con usted.

CLARA.—(*Con gravedad y dispuesta a desaparecer.*) ¡Ha concluido la entrevista!

DON FERMIN.—(*Retirándose lentamente.*) ¡No se moleste! Ha concluido esta entrevista... (*Clara vuelve a sentarse y no le atiende.*) Yo no aspiraba a más en la primera... Lo que quería lo he dicho, Clara... : Yo he de casarme con usted.

(*El SEÑOR LUCAS aparecerá por el portal sin ser visto por los de escena al principio del último parlamento de don Fermín, deteniéndose a escuchar con extrañeza, y al oír las últimas palabras dirá riendo.*)

LUCAS.—¡Estando yo en el mundo! (*Clara, que oye y repara, sin moverse, hace un esfuerzo para no reír. Don Fermín, por su parte, al oír al señor Lucas, sufre un pequeño respingo; pero se vuelve, ve de quién se trata y cruje la risa. Mutis por el portal. El señor Lucas le hablará a don Fermín mientras desaparece éste.*) ¡Ríete! ¡Ríete! Todos reímos mientras se vive ilusionado. (*Súbitamente satisfecho y aparte porque ve que Clara sigue sentada.*) ¡Hola, no ha huído la paloma!... Comienza a hacerse la distraída.) (*Hace ademán de acercarse, pero vacila.*) (No la espantemos, Lucas. El tonto es de bobos y el tanteo es de sabios.) (*Sin dejar de mirarla se dirige a la casita de la izquierda, desde cuya puerta llamará.*) ¡Lucrecia!

LUCRECIA.—(*Dentro.*) ¡Voy!

LUCAS.—¡No es menester que salgas! ¡Ya tienes libre mi cuarto!

LUCRECIA.—¡Voy en seguida!

LUCAS.—¡No es pa correr, criatura!

CLARA.—(*Aparte.*) ¡Criatura la señá Lucrecia, y puen hacer balines de su carne!

LUCAS.—(A Clara, que no le hace caso.) ¿Has visto, hija? He tenido que volver. Se me había olvidado darle el aviso a mi primita... (Clara, sin mirarle, hace una demostración de enfado y él inicia el mutis con dirección a la calle. Aparte y descontento.) (Sigue..., sigue gazaponcilla... ; Cualquiera entra por uvas!)

(SOFIA sale a su puerta comiéndose a mordiscos una raja de melón. El señor Lucas pasará en esto por delante de ella y lo despidió sin que él responda.)

SOFIA.—Vaya usted por la sombra, señor Lucas... ; Bueno va don Mejías! Clara, ¿quiere almorzar?

CLARA.—¿Te vies con ésas cuando estás con el postre?

SOFIA.—Mujer, es que se me olvidó decirlo antes.

CLARA.—¿Y qué has dejao pa mí?

SOFIA.—La invitación, que es lo educao. (Ríe Clara.)

CATALINA.—(Dentro.) ; Pero, chica!

SOFIA.—(Desapareciendo.) ; Voy! ; Hay más melón?

(Casi a la par, apresurada, sale de su casa la SEÑA LUCRECIA, mujer de cincuenta años, vistosa y presumida.)

LUCRECIA.—¿Se ha ido Lucas?

CLARA.—Pa volver en seguida.

LUCRECIA.—¿Lo ha dicho él?

CLARA.—No es necesario. ; No hace lo mismo—olvidarse de cosas pa irse y volver continuamente—siempre que estoy visible?

LUCRECIA.—(Apenada.) Verdaz ; Qué le habrás dao a ese ángel!

CLARA.—(Riendo.) ; Por Dios, señá Lucrecia!... La oyen los ángeles y la plantean la huelga.

LUCRECIA.—(Sentándose al lado de Clara.) ; Qué sabes tú!

CLARA.—Al lao de la experiencia, ni palote.

LUCRECIA.—(Sofocadilla.) Oye, Clarita..., ¿me oyes sin guasa si me confieso a ti?

CLARA.—Yo no me burlo nunca de na serio.

LUCRECIA.—Lo has dicho, rica ; lo mío es muy serio ; pero..., ¡amos!, que te podría parecer un cuento verde.

CLARA.—¿No sé por qué! Diga sin más rodeos lo que sea.

LUCRECIA.—(Animada.) Sin rodeos ; dices bien : a mí me tiene chiflá mi primo Lucas.

CLARA.—(Riendo con ganas.) ; Ahí va!

LUCRECIA.—(Con pena.) Lo temía.

CLARA.—Perdóneme, vecina. Es que un escopetazo así siempre es de efecto traicionero. Pero le juro que he de ofrle buenamente ; ¡qué digo, con alegría, señá Lucrecia! Daría yo algo porque su primo, ya que a sus años se siente heroico y quiere casarse, fuese ganado por una ; por alguien que no sea yo, que a mí me ofende su presencia.

LUCRECIA.—Es que tú, hija, atentas.

CLARA.—¿Déjese usted de flores que ahora quisiera usted pa us-

ted! Me ofende el vejistorio de su primo. Nadie de casa, ni él, que me conoce a mí de peque, ignora que yo quiero y a quién.

LUCRECIA.—Es que también es público que el chico...

CLARA.—(*Interrumpiendo.*) Eso queda pa mí. Se sabe que yo quiero, y es bastante. Pero su primo, señá Lucrecia, por su manía de anciano verde-mar, no lo cree así y piensa, pa injurlarme, que he de ceder a sus deseos de última hora. ¿A qué extremo ha llegao? ¿No me ha tratao siempre como un padre? ¿Qué le ha picao de pronto? ¿Qué ha visto en mí?

LUCRECIA.—Lo que cualquiera con la imaginación. ¡Es un bigardo!

CLARA.—De tos modos, vecina, ¿pue concebirse esa locura?

LUCRECIA.—(*Suspirando.*) ¡Si tú estuvieses en mi pellejo!...

CLARA.—(*Interrumpiendo vivamente.*) ¡Es que estoy en el mío, gracias a Dios! Piensa como le digo, que es lo que más me indigna, porque supone el pobre hombre que su viudez forrá cuasi de oro es suficiente...

LUCRECIA.—(*Interrumpiendo.*) Pa que no duerma yo.

CLARA.—¡Pues pa usted cuanto tiene!

LUCRECIA.—(*Alborozada.*) ¡Dios te lo pague!

CLARA.—(*Riendo.*) Le ha salido del alma.

LUCRECIA.—Chica, no pienses mal. Estoy enamorá del corazón, que aun le conservo. (*Ríe Clara.*) Sí, rica, sí; que le conservo joven.

CLARA.—Hágale usted ciclista pa darle porvenir.

LUCRECIA.—Oyeme, por piedaz.

CLARA.—Y sería como un rezo.

LUCRECIA.—Mi primo, al enviudar; es decir, cuando ingresó en mi cofradía—porque yo fui viuda antes que él—, me recogió y me trajo a este pisito por egoísmo, según he visto luego; pa que le tenga limpio el cuarto que él habita y pa culdarle. No ha llegao nunca a más; ¡ni entre sueños, Clarita, que es parecido a estar borracho! (*Ríe Clara.*) Te me estoy confesando. Yo le he propuesto varias veces que convivamos juntos; que me suba a su cuarto fijamente pa que se libre, por lo menos, del alquiler del mío. ¡Pues na! “Las formas, hay que guardar las formas”, me ha dicho siempre.

CLARA.—Y en eso tie razón.

LUCRECIA.—¡Dámela a mí, Clarita!

CLARA.—(*Riendo.*) No hay inconveniente.

LUCRECIA.—El está ya muy viejo y está muy solo. Me tiene a mí na más. Yo estoy sola también. El, por otro lao, guarda mucho; fué contratista y barrió pa dentro, porque recuerdo que iba al teatro y se traía las entradas pa su archivo. Yo, en cambio—tú lo sabes—, si me guardo yo misma es porque no he servido pa filetes. (*Ríe Clara.*) Sí, hija, sí. De modo, rica, que barajando ambas

situaciones he caído en amar a mi Luquitas. Me enternecen sus años.
¡Le quiero!

CLARA.—¡Pero con ese fuego?

LUCRECIA.—¡Le quiero! Tengo pruebas, Clarita.

CLARA.—¿Qué dice usted?

LUCRECIA.—Suspiro mucho a solas.

CLARA.—¿Qué va! Yo perdí un perro enano y estuve suspirando una semana.

LUCRECIA.—Yo es por él, te lo juro. Y mira qué rareza: cuando suspiro más y me emociono más es cuando zurzo y plancho su ropa blanca. (*Suplicante porque ríe Clara con ganas.*) ¡Tómame en serio, vida mía!

CLARA.—Sí, mujer.

LUCRECIA.—Ayúdame.

CLARA.—(*Súbitamente extrañada.*) ¿Que yo?...

LUCRECIA.—Tú, rica, tú. Nadie mejor. Tú tienes pico pa un sermón de cuaresma. (*Ríe Clara.*) ¡Ayúdame! No le huyas más a Lucas. Hazte la distraída pa su manía; pero háblale de mí. Hazle ver sobre todo que yo estoy loca.

CLARA.—(*Riendo.*) Eso no es un secreto.

LUCRECIA.—¡Por caridaz, que te lo pide una viuda útil!

(*Ríe Clara con ganas e irrumpe VENTURA desde el interior de su ventana, que será la del cuarto bajo de la derecha. Ventura es un galán presumidillo, vivo y simpático. Clara al oírle, como si no hubiese para ella nada mejor, se levanta y le atiende radiante de alegría. A la señá Lucrecia le contraría momentáneamente la interrupción; después escuchará sin levantarse.*)

VENTURA.—¡Clarita!

CLARA.—Sigue con el repique, chico.

VENTURA.—Pero no te levantes.

CLARA.—¡Pues sí! Me levanto y me cuadro si es preciso.

VENTURA.—(*Riendo.*) ¡No eres chungona tú ni na!

CLARA.—Oye, Ventura, pa ti no hay chungu nunca.

VENTURA.—Ya hablaremos de eso con sosiego. ¿Te ha dicho a tí mi madre adonde iba?

CLARA.—A la tienda de Lucio. Ha ido por cañamones.

VENTURA.—¿Pa convidarte a tí?

CLARA.—¿Es que me ves con plumas?

VENTURA.—(*Riendo.*) Con las de los arcángeles si acaso.

CLARA.—¡To lo arreglas, so tuno!

VENTURA.—Sigue con tu costura.

CLARA.—Oye, ¿qué querías de tu madre?

VENTURA.—He quedao en aguardarla. Adiós. (*Desaparece dejando ligeramente triste a Clara.*)

LUCRECIA.—(*Por Ventura y después de cabecear.*) ¡Los hay con las pupilas en el cogote!

CLARA.—(*Volviendo a su asiento reanimada.*) Perdóneme, vecina; hábleme, hábleme de lo suyo.

LUCRECIA.—Está to hablao porque confío en tu protezción.

CLARA.—Haré lo que se pueda.

LUCRECIA.—;Agradecida, prenda! Y a propósito, hija: yo podría hacer por ti...

CLARA.—(*Interrumpiendo vivamente.*) ;Eso no! A mí, señá Lucrecia, se me ayuda mejor no interviniendo nadie en na.

LUCRECIA.—;Es que subleva ya ese chico!

CLARA.—¿Por qué? Tie su novia y la quiere. ¿Qué culpa hay que achacarle porque otra se le fije y se le enamore?

LUCRECIA.—Es que esa otra, que eres tú, sonríes delante de su novia y hasta los cielos la condenan por osá.

CLARA.—; Palabrería!

LUCRECIA.—Además, Elenita...

CLARA.—(*Interrumpiendo.*) No hablemos más de ella, se lo ruego. Es su novia y me basta.

LUCRECIA.—No es criticar decir verdades. Desde mi casa he visto aquí a un señor hace un momento—que es muy decente, según tengo entendido, pero que se jalea a menudo en sitios libres—, y ese señor podría contarnos de Elenita...

CLARA.—(*Interrumpiendo con enfado.*) ;Jesús! ;La dejo a usted plantá si no se calla! Tos conocemos a Elenita. Es alocá, lo corretea to, bulle y va y viene con sus compañeras de oficina, pero... sin deslizarse.

LUCRECIA.—(*Incrédula.*) ;Bueno!

CLARA.—Es que hoy el mundo es otro por su cara. Aunque se sienta siempre igual, en ciertas cosas nos expresamos de otro modo. ;Hay menos miedo! Y a esa falta de miedo ustedes le ponen motes inadecuados.

LUCRECIA.—;Yo también?

CLARA.—Usted también: los viejos.

LUCRECIA.—;Que aun me enamoro, rica! (*Ríe Clara.*) ;Qué ligerezas sufres! (*Levantándose de pronto.*) En castigo te dejo.

CLARA.—Señá Lucrecia, siéntese.

LUCRECIA.—(*Con intención y señalando.*) No estorbar es de santo. (*Se levantará la señá Lucrecia porque verá a VENTURA; éste aparecerá en ropa de calle, deteniéndose en su puerta para cerrar con llave. Refunfuña por bajo mientras cierra. Sale contrariado. Clara repara en él cuando pronuncia su última frase precedente la señá Lucrecia. El diálogo no se interrumpe.*)

CLARA.—;Ah! ;Y qué? Por eso no se vaya.

LUCRECIA.—(*Bajo.*) Por eso, pa que lo lides a tu gusto, y porque voy a asearle el cuarto a mi Luquitas. (*Súbita y alto.*) ;Ay! ;Te ha dejao a tí la llave?

CLARA.—(*Riendo.*) ;Ve usted? Se olvidó de otra cosa pa volver

en seguida. Verá usted lo que tarda. (*A Ventura, olvidándose de la señá Lucrecia porque el muchacho se le acerca entregándole la llave de su casa.*) ¿No guardas a tu madre?

VENTURA.—No me es posible ya. Dale la llave cuando vuelva.

CLARA.—Lo que quieras. Pero óyeme... (*Se levantará fija en Ventura y requisándole como a su hermano, pero sin tocarle. Mientras se levanta ella la señá Lucrecia hará mutis por su casa diciendo aparte.*)

LUCRECIA.—(¿Qué papel haría yo si me quedase!)

CLARA.—Dime algo más, que no te vas alegre.

VENTURA.—No tie importancia lo que es.

CLARA.—Desde luego.

VENTURA.—¿Qué sabes tú?

CLARA.—La mar de cosas: leer, coser, comer...

VENTURA.—¿Qué guasa tienes! Adiós.

CLARA.—Y sé lo que te pasa, lo que te lleva disgustao; mejor dicho, me lo figuro: que al ponerte tu madre las cosas pa que te vistas se habrá olvidao de algo. ¡Ya! Del pañuelo saliente.

VENTURA.—(*Escamado.*) ¿Es que os habéis puesto de acuerdo pa bromearme?

CLARA.—(*Riendo.*) ¡Qué va!

VENTURA.—Es que es ese el motivo.

CLARA.—Y yo, ¡so presumido!, lo he sabido porque te veo el bolsillo sin su rabito blanco.

VENTURA.—(*Alegre.*) ¡Mia que te fijas, so cotilla! (*Rien. En esto sale SOFIA para acercarse; pero repara en la pareja con picardía y hace mutis de nuevo a la par que dice.*)

SOFIA.—¿Que se resigne la costura, que eso es antes!

VENTURA.—(*Por Sofia.*) ¿De qué huye esa rata?

CLARA.—No es que huye, Ventura; te protege na más.

VENTURA.—¿Qué a mí?...

CLARA.—Espera, que no me agrada verte incompleto. (*Mutis por su casa.*)

VENTURA.—(*Con extrañeza.*) Protección..., incompleto... Pa intrigar a cualquiera na como una mujer; es decir...: dos mujeres.

(*El señor LUCAS, que vuelve de la calle picaramente alegre y con una llave grande en la mano. Al aparecer se encuentra con Ventura y cambia de humor.*)

LUCAS.—¿Vaya! ¡Bonito encuentro! (*Iniciando el mutis.*) ¡Por éste no me olvido yo ni de mis años!

VENTURA.—Señor Lucas.

LUCAS.—¿Qué te ocurre, monada?

VENTURA.—¿Pasea usted con la llave y no se cansa?

LUCAS.—¿Qué más quisieras tú que pasear con mi vigor!

VENTURA.—Lo celebro. Pero no se acalore. Le veo muy sofocao.

LUCAS.—¿Por tu holgazanería! (*Mutis por la calle refunfuñando.*)

VENTURA.—(*Riendo y solo.*) ; Ya!... Holgazán yo, y estoy de asueto a petición de maestro.

CLARA.—(*Dentro.*) ; De qué te ríes, Ventura?

VENTURA.—; Ya sabes que es de alguien? ; Tú es que lo hueles to!

CLARA.—(*Apareciendo. Saca un pañuelo blanco.*) Según de quién se trata.

VENTURA.—(*Por el pañuelo.*) ; Pero qué traes ahí?

CLARA.—La colgadura que te faltaba. ; No estás de fiesta? (*Le coloca el pañuelo en el bolsillo superior de la americana.*)

VENTURA.—(*Oponiéndose.*) ; Pero chica!

CLARA.—; A callar! Cuando te dé tu madre el tuyo devuelves éste, si es tu gusto, y tos en paz. Pero ahora vas como te agrada, puntilloso ; sin que te falte el menor detalle ; Así! Peripuesto, relimpio, perfumoso ; vamos!, ; pa que te sigan las mujeres!

VENTURA.—(*Riendo.*) ; Agua va!

CLARA.—(*Sentándose y disponiéndose a coser.*) ; Y hala, fustigador!, ya pues marcharte. ; Hala!, a lucirte. Es decir...: a esperar a Ele, que es la hora en que sale del trabajo.

VENTURA.—(*Haciéndose el remolón.*) La veo de noche y en su casa.

CLARA.—Lo sabía. Pero como tenías prisa por irte.

VENTURA.—Porque me diese el aire.

CLARA.—Que es más higiénico que un tabardillo. Pa luego es tarde, chico.

LURECIA.—(*Apareciendo de pronto en su puerta.*) ; Clara! (*Transición.*) ; Ay!, dispensa, reina, que te creía sola.

VENTURA.—Señá Lucrecia, que yo no soy el coco.

LURECIA.—; Tú qué sabes, pasmao! (*Ríen ellas.*)

VENTURA.—(*Algo corrido.*) ; Ah!, bien.

CLARA.—Bueno, vecina, ; a qué salsa?

LURECIA.—Hija, a saber si había vuelto mi primo con la llave.

CLARA.—(*Con extrañeza.*) ; Calla!, es verdaz ; choca que tarde tanto.

LURECIA.—(*Intranquila.*) ; Le habrán atropellao?

CLARA.—Volvería de tos modos ; le ha entrao muy fuerte su pasión.

VENTURA.—El señor Lucas ha... (*Y no acaba porque le interrumpe una voz desgarrada de mujer desde lo alto del patio.*)

VOZ MUJER.—; Señá Lucrecia!

LOS TRES.—(*Impresionados.*) ; Eh?

OTRA VOZ.—(*De persona invisible, como la primera.*) ; Vaya voz!

VOZ MUJER.—; Qué le pasa a mi voz?

OTRA VOZ.—; Que la da usted en un mitin y lo disuelve! (*Ríen lo: de escena, como también otras personas dentro.*)

VOZ MUJER.—; Menos chungu, vecinos, que yo he cantao...!

OTRA VOZ.—(*Interrumpiendo.*) ; Pa lograr divorciarte, que es la moda! (*Se repiten las risas.*)

LUCRECIA.—¿Pero quién me llamó?

CLARA.—La Dionisia.

LUCRECIA.—; Oiga, Dionisia!

VOZ MUJER.—; Señá Lucrecia!...

OTRA VOZ.—(*Interrumpiendo.*) ; Oído, que va a cantar! (*Se reproducen las risas.*)

LUCRECIA.—; Diga, Dionisia!

VOZ MUJER.—; Que el señor Lucas no está en su cuarto y se oye coirer la fuente!

CLARA.—; Ahí va!

VENTURA.—; Atiza!

LUCRECIA.—; La hicimos! ; Y no tengo la llave, ni sé adónde está ese hombre!

OTRA VOZ.—; Pues descerraje usted la puerta, que yo habito debajo y me costipo con las duchas!

CLARA.—(*Bajo a los de escena.*) Esa es la que me dijo indeseable cuando mi hermano me instaló el baño. (*Rien.*)

VOZ MUJER.—; Menos jolgorio, que sale el agua por debajo de la puerta!

LUCRECIA.—; Ay! ; Dónde estará mi primo? (*Gutrigay de voces que protestan.*) ; Calma! ; Calma!

(*Arrecian las protestas y aparece EL SERENO en camiseta, grefudo y medio dormido, a la ventana del principal derecha.*)

SERENO.—; Por caridaz, vecinos; ffjense que es de día! (*Risas.*)

VENTURA.—; Na de risas, señores, que es sereno el que habla y tie que descansar!

SERENO.—Tú eres culto, Ventura. (*Mutis.*)

VOZ MUJER.—; Pero el Niágara se crece!

(*Las voces de protesta.*)

LUCRECIA.—; Cómo arreglo yo esto!

SOFIA.—(*En su puerta y comiendo pan.*) Señá Lucrecia, la llave del de la radio le viene al cuarto del señor Lucas.

LUCRECIA.—; Y no has podido hablar antes?

CATALINA.—Tenía la boca llena.

LUCRECIA.—; De...!

SOFIA.—; De pan na más, viuda anslosa!

LUCRECIA.—(*A los vecinos, que siguen protestando.*) ; Ya subo! (*Mutis rápido por la escalera. Sofía refunfuñando desaparece también. Quedan riendo Clara y Ventura y cesa el barullo.*)

CLARA.—; La que arman por na!

VENTURA.—A lo mejor por odio al agua. (*Rie Clara y después de vacilar se sienta.*)

CLARA.—; Cómo? ; Te sientas?

VENTURA.—Ya lo ves.



CLARA.—¿Es que no quieres llevarte mi paffuelo?

VENTURA.—¡ Ahí va ! ; Como si fuera esta tu primera atención !
Que hemos nacido los dos en esta casa, so tormento.

CLARA.—¿ Tormento yo ? ; De quién ?

VENTURA.—Lo has sido siempre de tos, por tu finura, por tu sale-ro, por tu cara...

CLARA.—(*Interrumpiendo con miedo irónico.*) Oyeme, chico, ¿ es que le quieres ser infiel a tu Elenita ?

VENTURA.—¿ Qué más quisiera yo !

CLARA.—¿ Estás en tus cabales ?

VENTURA.—¿ Natural ! ; Es que no voy a reconocer la diferencia de valor ? Pero Dios es quien es, que no se encoge ni pa dormir, y hace las cosas a su gusto. Tú vales cinco mundos, y ella, mi novia, me los que un matasuegra. Pues a pesar de ser así..., Ele ha podido conmigo. Y tan contento. ; Me tie cegao !

CLARA.—(*Reprimiendo cierto disgusto súbito.*) ; Hombre, díselo a ella !

VENTURA.—¡ Y a ti, y a gritos en todas partes !

CLARA.—¿ Quies un vaso de agua pa la fiebre ?

VENTURA.—(*Después de reír.*) Perdóname.

CLARA.—¿ Te has confesao conmigo ?

VENTURA.—(*Riendo.*) ; Tienes chispa !

CLARA.—Y tú más fuego que el verano.

VENTURA.—Sin guasa, chica. Yo me he sentao aquí por algo.

CLARA.—Lo había supuesto. ¿ No voy a pensar que ties alguna cosa que decir, si tu costumbre, va pa unos meses, es procurar no hablar conmigo ?

VENTURA.—De más sabes por qué.

CLARA.—¿ Ves tú que yo me enfade ?

VENTURA.—Al contrario. Y lo agradezco de corazón. Me conoces muy bien ; soy to nobleza, incapaz a sabiendas de hacerle daño a nadie. Hecho de este amasijo, he de querer forzosamente—como puedo quererla, porque no existe el hombre en su presencia—a quien he visto siempre hecha una madre alegre hasta pa mí. Es necesario que lo sepas de una vez : del modo que te digo, Clarita, despreciaría por ti hasta mi vida. ; Y si me queda otra cosa por dentro... !

CLARA.—(*Emocionada e interrumpiendo.*) Te creo, Ventura. ¿ Me vas a descubrir quién eres tú ?

VENTURA.—Lo he querido recordar..., porque he resuelto hablarte sin rodeos.

CLARA.—Na me gusta a mí tanto.

VENTURA.—No sería garbo el tuyo si eso no fuera así.

CLARA.—(*Mirándole fijamente.*) Entra a matar.

VENTURA.—(*Emocionado y cohibido.*) Me miras y me quedo sin muleta.

CLARA.—(*Después de reír.*) ; Vamos, di ! (*Rís de nuevo, porque él*

hace ademán de hablar, pero sin romper, y dice.) Pregunta, hombre, que es lo más socorrido.

VENTURA.—Mira, sí. ¿Por...?

CLARA.—¡Hala!

VENTURA.—¿Por qué andas diciendo que me quieres?

CLARA.—*(Riendo con ganas.)* ¿Es eso to?

VENTURA.—No es pa reírse, Clara. Me ties en un infierno. A mí hay quien me lo dice y me sonrío. Sé la guasa que tienes. Pero a mí novia, en cambio, que se entera de to, le ha dao celosa, y...

CLARA.—*(Interrumpiendo con extrañeza.)* ¿A Elena?

VENTURA.—Sí, chica, sí. ¡Ya ves! Ella, tan libre y despreocupá, cuando se queda a solas conmigo, si ha oído tu nombre me da el té de las broncas. Desconfía, me pincha, me hace escenas terribles, por lo que no hay entre nosotros un momento de paz, ni un cruce de mirás que sea feliz, ni una promesa muda que nos acerque yo no abrigue, ¡na bueno!, ¡na de lo que deseo, porque pa eso me sedujo! Y to eso, Clarita..., es culpa tuya. ¿Por qué andas diciendo que me quieres?

CLARA.—¿Acaso miento?

VENTURA.—¡Pero si no es posible ese cariño!

CLARA.—Ni... yo hago na porque lo sea.

VENTURA.—¡Cállate entonces!

CLARA.—Ya callo lo bastante..., si no preguntan.

VENTURA.—De modo, que porque haya gente curiosona...

CLARA.—*(Interrumpiendo.)* ¡Ay, sí! to el que quiere saber oye lo que desea. Con la verdaz se calma al preguntón.

VENTURA.—¿Y no podrías contar...?

CLARA.—*(Como antes.)* Ya no creen en los cuentos ni los niños. A mí me pasa, como se sabe, porque to lleva encima su pregonero, que me prefiere y me apetece más de un hombre, y que ninguno, por lo que sea, logra de mí ni una esperanza. Mi corazón no escucha a nadie. Y esto subleva a los vecinos: “¡Pero es posible, Clara!” “Como lo ven ustedes.” “¡Tú es que quieres a alguien!” “Yo no he nacido pa monja, porque ni Dios ni yo lo vemos bien.” “¡Ay, so bribona!, ¿quién es el agraciado?” Y respondo yo entonces como si diera yo la suerte: “¡Ventura!”

VENTURA.—¡Es que podrías dar otro nombre!

CLARA.—El del soldado desconocido.

VENTURA.—¡Cualquiera!

CLARA.—No me creerían. Y al no creerme no inventarían na bueno. No, hijo, no. Conociéndose to nadie me ofende.

VENTURA.—Pero...

CLARA.—No vuelvas a cohibirte.

VENTURA.—¡Que te ofendes tú misma!

CLARA.—*(Después de retr.)* ¿Quién te lo ha dicho, rico? ¡Intrígo yo? ¿Te digo algo a tí? Al contrario: sé que quieres de veras, y

no te envidio porque poseo también esa fortuna. Sé que quieres a otra, y te deseo feliz, ¡qué arda tu amor a gusto tuyo! Yo no sufro por eso. Sin desear que a ti te canse tu ilusión, que la interrumpas pronto o tarde, la mía se crece por momento. La crío intimamente. Y confío..., y espero... ¡Soy dichosa con esto!

VENTURA.—(*Levantándose risueñamente emocionado.*) No se puede contigo. (*Ríe Clara y se interrumpe a poco porque se oyen ciertos rumores que se acercan. Por éstos.*)

CLARA.—¿Quién?... (*Sin darle importancia.*) ¡Anda! Tu novia con tu madre.

VENTURA.—(*Nerviosillo.*) ¡Vaya! ¡A ver qué hablas ahora!

CLARA.—(*Riendo y levantándose.*) ¡Qué va! Me vas a hacer creer que tu bondad es miedo.

VENTURA.—Es pacifismo, Clara.

CLARA.—(*Después de reír.*) Voy a sacar la llave de tu casa y de camino a saludar a mis garbanzos. (*Inicia el mutis por su casa, a la par que llegan de la calle la señá TRINI y ELENA, ésta requiriendo a Clara.*)

ELENA.—¿Te vas, Clarita?

CLARA.—Pronto soy tuya, guapa. (*Mutis de Clara. La señá Trini es una viejecita cordial. Y Elena, tipo de oficinista del día, algo taimada y envanecida. Se muestra displicente hasta en su rabia. Ventura, desde que asoma ella, la mira alegre y cariñosamente. No se interrumpirá el diálogo.*)

ELENA.—Ya oye usted, señá Trini; eso de guapa tie recámara.

TRINI.—¿Quieres decir mala intención?

ELENA.—La palabra no sé; pero ese ha sido mi propósito. Hoy lo expresamos to con la primer gansada que sale al paso.

VENTURA.—(*Riendo.*) ¡Ties pico de viajante!

ELENA.—Calla tú ahora, aprovechao. Esa suave, señá Trini...

TRINI.—(*Interrumpiendo.*) Que no, hija, que no. (*A Ventura.*) Venimos discutiendo de Clarita.

VENTURA.—¡Sí que es un tema!

TRINI.—(*A Elena.*) Clarita es incapaz de lo que crees. Esa, sin hacerte de menos, es pan bendito.

ELENA.—¡A usted también la chala, señá Trini!

TRINI.—Como es debido, rica. Hay cariños distintos.

VENTURA.—Yo firmo ese decreto.

TRINI.—Ella me chala, porque la hablo de tú desde que me ponía las faldas pa tenderlas al sol, y tú porque lo quiere así ese tuno.

VENTURA.—¡Ese soy yo queriendo!

ELENA.—(*Acercándose zalamera y expresiva.*) No abras la cola, rico, que a to hay quien gane. Yo he demostrao quererte como es de ley; sin miedo a na.

VENTURA.—(*Bajo y temeroso por su madre.*) ¡Ehe!

ELENA.—¿Qué, so atontao? ¿No he sido yo la iniciativa casi siempre?

VENTURA.—(Como antes.) ; Pero Ele! ; Te olvidas de quien oye?

ELENA.—; Tu madre! ; Pue sorprenderla na a sus años? ; Pues sí que abultas el respeto!

(La señá Trini, que se habrá impresionado desagradablemente con la actitud de Elena, interviene con intención.)

TRINI.—¿Estás sofocao, Ventura?

VENTURA.—(Queriendo disimular.) ; No sé por qué!

(Ríe Elena y vuelve CLARA con una llave.)

CLARA.—Señá Trini, su llave.

TRINI.—¿Cómo? Pero, hijo, ¿te ibas? ; No habías quedao en que almorzarías antes de irte?

VENTURA.—He cambiao de idea porque me veo obligao a salir. Y se me hace tarde. ; Vaya, abur!

ELENA.—; Qué gentilísimo es mi Chevallier, pongo por seductor moderno! Me encuentro con tu madre; hago que la acompaño por verte a ti y ahora tú ni te me ofreces pa conducirme a casa,

VENTURA.—Na mejor, chica. Perdona y vamos.

ELENA.—¿No saludo a Clarita?

CLARA.—Tu novio es lo primero.

ELENA.—(Con segunda.) ; Pa mí o pa ti?

CLARA.—Que es pa mí es cosa vieja.

VENTURA.—(Nervioso y suplicante.) ; Clara!

CLARA.—No lo interpreten mal.

ELENA.—(Riendo y a Ventura.) Déjala que respire, que ésta "galapaguea".

CLARA.—¿Qué quiles decir?

ELENA.—Yo me he entendido. Ya lo has visto, Ventura, ; en nuestra propia cara! Pa que me niegues que "rosquea",

VENTURA.—; No seas ingenua! ; Vas tú a creer a Clara, que se mira al espejo y se llama tonta? (Ríen Clara y la señá Trini.) ; Pues no tie "conchas" la barbiana.

ELENA.—; Pero la piropeas tú también en mi presncia!

VENTURA.—(Amoroso y rindiéndola.) ; Pa acabar con tus celos, alelá! Pa mí hay unos ojos que me quemán, y esos los luces tú en tu cara, ; que es una llama viva! (Dándole el brazo.) ; Y hala, castigo, a respirar juntitos!

TRINI.—Sí, hijos, sí; que os hace falta. (Ríen los novios e inicia el mutis la señá Trini. Clara, haciendo esfuerzos por dominar la emoción que le causará el apasionamiento de Ventura, no pierde de vista a la pareja, la cual comenzará también un mutis lento y amoroso. Antes de desaparecer Elena se detiene y dice.)

ELENA.—Adiós, Clarita. Ya ves lo que me llevo.

(Contrariada, no acaba de desaparecer la señá Trini.)

CLARA.—Lo que te pertenece, Elena.

VENTURA.—¡ Bien dicho !

CLARA.—Una vez más has comprobao que pues dormir tranquilla.

ELENA.—¿ Y por qué una vez más ?

CLARA.—Oyeme un poco. Conociste a Ventura— a ese que crece más si se lo pides tú—este verano último. Fué en la playa, Elena; en la del Manzanares, claro es. Ibamos él, mi hermano y yo, que me habían invitao a disfrutar. Yo iba en la gloria, ¿ a qué negarlo ? ; Iba con él, a quien quería como hoy ! Se... se le ocurrió bañarse al pollo. Tú y otras... deportistas hacíais lo mismo. Os encontrasteis él y tú ; jugasteis, os reísteis la gracia. Poco después erais dos peces más que habían hecho pareja. Ya aquella tarde, Elena, yo regresé a mi casa con mi hermano, pero sin tu Ventura, por quien había ido yo a darme postín. El se te fué como un "faldero". Te demostró su preferencia. ; Te quiere ! ; Qué puede importarte a ti que yo, ; por guapa !, sea peligrosa, como me consta que andas diciendo ? ; Aónde está mi peligro y el de ninguna guapa ? Si es que tú no lo eres—que también que lo eres— fíjate en lo que pasa y cálmate. ; Triunfas tú ! Y es que pa atar a un hombre—y atarlo es hechizarlo pa *in eterno*—, antes que deslumbrarlo, porque la luz llega a cansar, hay que llevarle al alma un interés, algo que no se apague como se apaga la hermosura de una cara.

VENTURA.—(*Con entusiasmo.*) ; Así se habla !

ELENA.—(*Molesta.*) ; Es que te gustan los sermones ?

VENTURA.—¡ Y tú más que un domingo ! ; Vámonos ya, que voy a comerte sin tocarte ! (*Mutis amartelado de los novios. Clara, como una dolorosa, los sigue con la vista, y la señá Trini, fija a su vez en Clara, reprime el llanto a duras penas. Luego de una pausa la señá Trini habla queriendo hacerse la fuerte.*)

TRINI.—No le hagas caso, hija.

CLARA.—(*Al igual de la señá Trini e intentando alegrarse.*) ; Claro !... ; Figúrese !... ; Quién hace caso ! Dios... , Dios querrá que se quieran...

TRINI.—No sufras tú por na.

CLARA.—¿ Yo sufrir ?... Como usted... (*Las dos quieren reír y lloran más que rien.*)

TRINI.—Tú alegre siempre.

CLARA.—Siempre, señora.

TRINI.—Gracias a Dios, te rífan.

CLARA.—¡ Y que lo diga !... ; Que se chinche el cegato !

TRINI.—¡ Por estúpido !

CLARA.—¡ Por memo !

TRINI.—¡ Vamos, alégrate de veras !

CLARA.—(*Ahogándose.*) De veras, señá... (*Y rompe a llorar amargamente abrazándose a la señá Trini. Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



El mismo decorado. Primeras horas de la noche. Luna clara. Todo estará cerrado, viéndose luz en algún que otro interior y en la portería a través de los cristales de las ventanas.

(La escena aparece sola. A poco llega de la calle DON FERMIN, deteniéndose contrariado en los primeros pasos para mirar fijamente hacia la casa de Clara. Casi a la par que se detiene se asoma SOFIA a su puerta—la de la portería—, lo mira sonriente y con aire de triunfadora y dice.)

SOFIA.—¡Usted ve cómo ha vuelto?

DON FERMIN.—Antes de lo que había previsto.

SOFIA.—¡Mundo que tie una!

DON FERMIN.—*(Riendo.)* Probablemente. Hoy saben más las “ratas” que los viejos.

SOFIA.—No es que sepa, señor; es que la cosa estaba clara. Anda ustedz desencajado. Ha estao ustedz hoy en este patio varias veces, y ni por un descuido ha lograo ver lo que desea. ¿Es raro suponer que su apetito sea a estas horas hambre canina?

DON FERMIN.—Discurres.

SOFIA.—Pues hágame usted caso, don Fermín; no sea ustedz crío.

DON FERMIN.—*(Riendo.)* Me haces gracia, mujer.

SOFIA.—*(Suspirando.)* Todavía poca.

DON FERMIN.—¿Cómo?

SOFIA.—Na, señor, na. Ca cosa es su momento.

DON FERMIN.—Ahora no llevo a comprenderte.

SOFIA.—A lo que importa, don Fermín, que yo protejo a usted. Como le dije ya cuando se fué hace poco, entre usted en mi casa —ya que es de usted según ofrecimiento de mi madre, que tie su educación si está de buenas—, que yo me encargo de que Clarita vaya allí.

DON FERMIN.—¿Fijo, criatura?

SOFIA.—Pasao un minuto está en mi casa si su hermano Angel ha cenao ya y se ha ido. (*Riendo porque vacila él.*) ¿Duda usted de mi argucia?

DON FERMIN.—Eso tampoco.

SOFIA.—Mire ustez, don Fermín, no es na difícil mi proyezo. Clara tie por costumbre después que cena hacer una visita de vecina, y casi siempre o va a mi casa o entra ahí pa distraer un rato con la señora Trini.

DON FERMIN.—¿Nada más?

SOFIA.—(*Riendo.*) Con la vieja na más, porque Ventura, el de-seado, ahueca. ¿No sabe ustez que tie su novia?...

DON FERMIN.—(*Súbitamente alegre y bajo.*) Se abre la puerta.

SOFIA.—(*Bajo también.*) El hermanito que se las pira. ¿De per-las, don Fermín!

DON FERMIN.—Dices bien. Me agrada verle.

SOFIA.—¿Va ustez a perder el tiempo hablándole?

DON FERMIN.—(*A Angel.*) Joven.

SOFIA.—(*Molesta y aparte.*) ¡Pues sí!

(ANGEL, cuando se indica en el diálogo, abrirá su puerta, en la que se detiene un momento como si hablase con alguien de dentro. A continuación avanza con dirección a la calle. En esto lo requiere don Fermín; pero a la par que éste le habla, CLARA sale a su puerta, sin traspasarla, para llamarle. Clara simula no ver a nadie más que a su hermano. A don Fermín, en cambio, se le ilumina la cara, y Sofía se hace la distraída.)

CLARA.—¿Angel!

ANGEL.—(*A don Fermín.*) Perdone usted. (*A Clara.*) Píde por esa boca.

CLARA.—¿Te vas sin el gabán?

ANGEL.—No hace falta esta noche.

CLARA.—¿Y si refresca luego?

ANGEL.—Le pediría a mi novia un... anticipo y vendría abrigao.

CLARA.—La elección no es dudosa. Hasta luego.

ANGEL.—Adiós. (*A don Fermín.*) A su disposición.

DON FERMIN.—A la recíproca. (*Se estrechan la mano. Clara, al despedirse, desaparecerá y cerrará su puerta.*)

SOFIA.—(*Aparte y por ellos.*) ¡Huy, qué finura!

DON FERMIN.—Me considero obligado a hablarle. Como mis intenciones son las mejores y todas ellas tienen dispuesta su batería para esa su casa, me creo en la obligación de franquearme con usted; mejor dicho, de advertirle y de pedirle su asentimiento.

ANGEL.—He visto a usted sólo otra vez. ¿Quién es usted, en primer lugar?

DON FERMIN.—Casi el futuro de su hermana.

ANGEL.—¡ Ah!

SOFIA.—(Aparte y zumbonamente.) ¡ Limpíate, so goloso!

DON FERMIN.—¿ Piensa usted en algo?

ANGEL.—En el caso. Ha dicho usted un caso como pa no ver el futuro ni en estampa. Pero no haga usted cuenta con na que diga yo, que yo ni entro ni salgo en lo que veo que busca usted.

DON FERMIN.—Su parecer me importa mucho.

ANGEL.—¿ Piensa casarse usted conmigo?

DON FERMIN.—¡ Hombre!

ANGEL.—Es que podría convenirme. (Ríen.)

SOFIA.—(Aparte.) ¡ No tiene guasa el chico!

DON FERMIN.—Me importa usted y su parecer porque es usted el hombre de su casa.

ANGEL.—¿ Ve usted?

DON FERMIN.—Diga.

ANGEL.—Que vive usted en las nubes.

DON FERMIN.—¿ Hay otro hombre en su familia?

ANGEL.—Mi hermana. (Ríe don Fermín y se intriga Sofía.) No es chuffa, señor mío. Uste ha visto en mí, por mi apariencia, al hombre de su casa; al que, por ser varón único, manda y dirige en todo.

DON FERMIN.—Exacto.

ANGEL.—Pues no soy yo ese hombre en mi vivienda. Pa mi suerte, es mi hermana. Manda el que más discurre, y entre mi hermana y yo no soy yo el del talento. ¿ Comprende usted?

DON FERMIN.—(Con entusiasmo.) ¡ Es que su hermana!...

ANGEL.—(Interrumpiendo y despidiéndose.) Me tie prohibido que hable de ella.

DON FERMIN.—No se marche usted aún.

ANGEL.—Dispense usted. Estoy inspirao esta noche, que es cuando más consigo de mi novia.

DON FERMIN.—No hay más que hablar si espera una mujer.

ANGEL.—Esa creencia me lleva. Y de lo suyo, amigo, lo que disponga... el hombre que le he dicho.

DON FERMIN.—Lo que disponga yo.

ANGEL.—¡ Qué va! ¿ Humos también? ¡ Pa mí que a usted le soplan y le apagan! (Hace mutis riendo. Don Fermín queda contrariadamente pensativo.)

SOFIA.—¿Ve usted, señor? No ha sacao en limpio na. Angelito es un pozo que oye y responde con el eco. Hágame caso a mí.

DON FERMIN.—Mira, Sofía, yo necesito hablar con Clara cuanto antes.

SOFIA.—Váyase usted a la portería.

DON FERMIN.—A ella me voy. Buena mano derecha.

SOFIA.—Mato los toros como si fueran bocadillos. (*Don Fermin, riendo, avanza lentamente con dirección a la portería, mientras que Sofía llama con los nudillos en la puerta de Clara. Esta acude, asomándose a la ventana, donde dará la luna. Sofía se le acercará de modo que no vea a don Fermin, al que no creerá en escena. Don Fermin, por su parte, a punto de ir a desaparecer, oye la voz de Clara y retrocede sigilosamente para escuchar. No será visto por ellas.*)

CLARA.—(*Asomándose malhumorada.*) ; Oye, So-fea!

SOFIA.—¿Tú también con sofea?

CLARA.—Sí, porque no me vas a oír na bueno. Tu madre y tú y tú y tu madre—y lo repito pa doblaros—sois cuatro metemuertos repuznantes.

SOFIA.—; Clara, que multiplicas sin razón!

CLARA.—; Sí, eh?

SOFIA.—; Por ésta!

CLARA.—; No jures, que no te van a querer ni en el infierno! ; Creéis tu madre y tú que no veo el juego que os traéis? Porque os convenga estar a bien con don Fermin, ese tendero lenguaraz, que vie por mí desde hace unos días, no es decoroso que vosotras le deis calor ofreciéndole ayuda a sus deseos, tanto más cuanto que no ignoráis que es inútil. (*Don Fermin hace ademán de intervenir y se contiene.*)

SOFIA.—Escúchame.

CLARA.—; No tengo na que oírte! Tu casa está cerrá pa mí hasta que desaparezca ese señor; tú y tu madre, y tu madre y tú, si venís a la mía y pronunciáis su nombre salís sin lengua.

SOFIA.—Yo hablaría de tos modos.

CLARA.—(*Iniciando la desaparición.*) ; No olvides el programa!

SOFIA.—(*Sujetándola.*) ; Espera!

CLARA.—; Que me descoses!

SOFIA.—(*Sin soltarla.*) Ya ties costura pa mañana. Oyeme, Clara, por favor, que estás de confundía que chocas.

CLARA.—; Eres una chismosa!

SOFIA.—; Que te digo que no! De más sabemos mi madre y yo que a ti es tiempo perdío que te pretenda nadie.

CLARA.—; Por qué engañáis entonces a ese hombre?

SOFIA.—Te diré.

CLARA.—; Por qué le dais amparo en vuestra casa, haciéndole creer que voy a ir yo?

SOFIA.—Por na del otro mundo, chica. Es que así entra y va y viene a menudo, y se le van las horas en mi casa, y me ve y me revé y habla conmigo.

CLARA.—¿To eso por qué?

SOFIA.—*(Ahogando la voz.)* ; Porque me gusta a mí, Clarita! *(Clara rompe a reír, y don Fermín, sin dominar su sorpresa, dice.)*

DON FERMIN.—; Hola! *(Dará la cara. Sofía al verse descubierta queda que no sabe qué hacer, y Clara, al ver a don Fermín, calla la risa e inicia el mutis; pero es detenida aún por él, que le habla.)*
Clarita, hace usted mal; no debe huírme.

CLARA.—Es sano a veces.

DON FERMIN.—Como guste. Mi desafío está en pie.

CLARA.—*(Riendo y cerrando la ventanu.)* No le hacía a usted "sablista".

(Queda contrariado. Sofía al verle pensativo inicia el mutis de puntillas; pero antes de que desaparezca reacciona él, ríe, se vuelve en busca de Sofía y la llama.)

DON FERMIN.—Oye, pequeña.

SOFIA.—*(Acercándose sofocada.)* ; Ay!... ; Se ha ofendió usted por lo que he dicho hablando con Clarita?

DON FERMIN.—Al contrario, mujer.

SOFIA.—Algo tenía que decirle. Me he visto acorralá y...

DON FERMIN.—¿Es broma entonces lo de que yo te gusto?

SOFIA.—Mi madre me lo aconseja en serio.

DON FERMIN.—*(Riendo.)* ; Ya! *(Fingen seguir hablando animadamente y se presentan por la escalera la SEÑA LUCRECIA y el SEÑOR LUCAS, la primera requisando a éste a la manera de Clara, pero molestándole más bien. El apenas asoma dice por don Fermín.)*

LUCAS.—; Hombre, de perilla! ; Qué a mano me vie el amigo! *(Volviéndose enfadado y sacudiéndose las manos salameras de la seña Lucrecia.)* ; No seas mosca, Lucrecia!

LUCRECIA.—Hago de zorros, hijo, y to por tí, pa que vayas comible.

LUCAS.—Pa hacer esta requisa que tú imitas hay que ser otra; Clarita, por ejemplo, y tú eres tú, que es como si dijéramos una mona viuda.

LUCRECIA.—; Así paga el diablo! Se te quiere de modo que hasta logro de Clara que deje de tratarte con desdén y...

LUCAS.—*(Interrumpe riendo.)* ; Bah! ; Bah! ; Ilusa como todas! Mis cosas las logro yo, babiecas.

LUCRECIA.—; Vas a negarme?...

LUCAS.—; Chitón! ; Y hala, a dormir, que los murciélagos se han recogido.

LUCRECIA.—*(Iniciando el mutis.)* ; Y tú de golferancia!

LUCAS.—A mi ratito de café. Oye, luego te llamaré, si es que vuelvo cansao.

LUCRECIA.—; Pues si vuelves así arréglatelas solo! (*Mutis por su casa, cuya puerta cerrará.*)

LUCAS.—(*Riendo.*) Se me enfada por na... En fin, vamos a ver si espanto a otro. (*Con gravedad y tocándole en un hombro a don Fermín.*) Amigo.

DON FERMIN.—(*Volviéndose.*) ; Quién?

SOFIA.—(*A don Fermín por el señor Lucas.*) Es el vecino, que...

LUCAS.—Tú, a callar. Y acude pronto a tu vivienda, que tu señora madre te ha llamao por tu nombre.

SOFIA.—Comprendido, señor; no soy mal educá. Yo...

LUCAS.—No cojas la hebra. ; Largo!

SOFIA.—"Pardón". Oígame, don Fermín, no se me vaya ustez sin despedirse.

DON FERMIN.—Descuida, rica.

SOFIA.—; Ay, rica! Como desea verme mi madre.

LUCAS.—Pues que te alquile pa asustar pistoleros.

SOFIA.—; Mire el árbol caído! (*Mutis de Sofía por su casa. Rie don Fermín, y el señor Lucas, mirándole de arriba a abajo, aguarda gravemente a que cese de reír y dice.*)

LUCAS.—; Se le puede abordar?

DON FERMIN.—Por mi parte, encantado.

LUCAS.—No se me ponga dulce, se lo ruego. Una palabra tierna me desarma y sería deplorable que no le plantease la cuestión con la crudeza que es debido.

DON FERMIN.—; Tan grave es el asunto que le trae?

LUCAS.—De vida o muerte. Sobra en el mundo usted o sobro yo.

DON FERMIN.—; Rebomba! (*Zumbón.*) ; Eso es cosa segura?

LUCAS.—Delo usted por escrito.

DON FERMIN.—; Es que echa usted las cartas?

LUCAS.—; Echo las muelas!

DON FERMIN.—Lo suponía: en un vaso con agua al acostarse.

LUCAS.—; Las echo de coraje, si se tercia!

DON FERMIN.—(*Apaciguador.*) ; Vaya, señor, no se me excite, que usted no es pendenciero. Según hablan de usted, usted es un hombre bueno y un buen hombre, que son dos cosas buenas y distintas. Y ahora sería muy triste, señor mío, que...—por lo que sea, que no lo sé— echase usted a rodar tanta belleza en un momento de sofoco.

LUCAS.—(*Desarmado.*) Me rinde la elocuencia. (*Dándole la mano efusivamente.*) ; Cómo está usted?

DON FERMIN.—(*Riendo.*) ; Bien por los caballeros!

LUCAS.—Acabaremos entendiéndonos.

DON FERMIN.—Vamos a ello. ; A qué venía lo de que usted o yo sobramos en el mundo? ; Tan chico lo hace usted?

LUCAS.—Me refería a este patio, que hoy es mi mundo porque en él vive ella.

DON FERMIN.—(*Escamonomamente burlón.*) ¿Y ella?

LUCAS.—¡Ella es mi vida!

DON FERMIN.—¿Qué me ha hecho a mí su vida? ¿Qué teme usted de mí?

LUCAS.—¿No viene usted por Clara?

DON FERMIN.—¡Ya! (*Intrigado.*) ¿Es usted, acaso, por un venate malo del diablo, novio de esa mujer?

LUCAS.—¡Bastante más, amigo!

DON FERMIN.—(*Emocionado.*) ¡Eh!...

LUCAS.—¿Le ha emocionao el descubrimiento?

DON FERMIN.—¿Que ella y usted se entienden?

LUCAS.—¡Cuidao! Na de tapujos. ¡Buena es la prenda pa un enredo! Es más que novia mía; es mi vida, porque la quiero yo... solito, yo. Ella se me insinúa na más.

DON FERMIN.—(*Celoso e interrumpiendo.*) ¿Y le habla usted de amor?

LUCAS.—¡Ay! Si le hablo de eso se me troncha de risa. (*Respira y ríe don Fermín.*) ¿Usted también?

DON FERMIN.—Pero perdone usted; no ha sido falta de respeto.

LUCAS.—(*Varonilmente.*) A propósito. No crea que olvido yo mi edaz. Mi sarampión tardío no llega a tanto. Y ya que usted la invoca y la respeta, escúcheme, que aun tengo más que hablarle.

DON FERMIN.—Oigo cuanto desee.

LUCAS.—Por mi amor hacia Clara me agradaría un imposible, que nadie la mirase, no tener azversarios. Inevitablemente no es así, y por si alguien, usted, quien sea, me gana la partida y tira de ella, deseo, por lo menos, que el triunfador se la merezca. ¿Usted..., piénselo antes, usted se la merece?

DON FERMIN.—Creo que sí.

LUCAS.—¿Con qué intención la sigue? Porque yo sé de usted respecto a faldas que usted ve un cura y lo piropea.

DON FERMIN.—(*Riendo.*) Veo que también usted sabe de mí.

LUCAS.—Hice por enterarme. Me interesa Clarita. La he besao de muñeca, y ahora, hembra ya que encandila, envidioso y rabioso de no poder besarla como antes, me he dao en quererla como un hombre y... (*Lo interrumpe don Fermín riendo.*) ¿Usted se rie de to?

DON FERMIN.—¡De alegría, señor Lucas! Y voy a responder a su temor. Duerma tranquilo. He sido algo inconstante con las faldas, y lo soy, no lo niego. Me divierto lo mío. Lo que no hice jamás, con mi defecto o mi virtud, fué provocar una caída. No me remuerde la conciencia. Frecuento mi reunión en un café; caen allí las palomas—unas heridas ya y otras que lo desean—, y de allí

sale todo, sin que nada de aquello deje rastro. Por tanto, señor mío, si ahora persigo a una mujer, a la que ha de ser mía...

LUCAS.—Poquito a poco, que aun coleo.

DON FERMIN.—Mía. ¡Mi mujer!

LUCAS.—¡Que eso ya lo veremos!

DON FERMIN.—¡Mi mujer!

LUCAS.—¡O mía, relente!

DON FERMIN.—¡Hablo ahora en serio!

LUCAS.—¡Y!...

VENTURA.—(En la puerta de su casa y para dentro.) Hasta luego, madre. (Los de escena, al oírle, quedan en suspenso, visiblemente contrariados por la presencia de Ventura. Este, por su parte, se da cuenta de que produce él la contrariedad citada y se detiene sonriente con ánimo de intervenir. Antes, no obstante, reacciona y se reanima don Fermín, diciéndole al señor Lucas, el cual continuará lo mismo.)

DON FERMIN.—Señor Lucas, dispense usted que al fin me haya exaltado. Buenas noches.

LUCAS.—(Sin mirarle.) ¡Vaya usted como pueda!

(Don Fermín, sin mirar a Ventura, pero seguido por la mirada de éste, avanza hacia la calle. Inmediatamente que desaparece se asoman a la portería SOFIA y su madre para llamarlo, llamada a la que acudirá.)

CATALINA.—¡Oiga, señor, que todavía se cierran los portales a las once!

SOFIA.—Y hay llave propia después.

DON FERMIN.—Perdóneme. ¿Cómo está usted, señora?

CATALINA.—Deseando un quinto.

SOFIA.—¡Mamá, que te vive el cuarto!

CATALINA.—¡No involucres, criatura! Ahora le explicaré al señor. (Riendo y cuchicheando entran los tres en la portería. Ventura, que lo observa todo zumbonamente, ríe y dice después.)

VENTURA.—¿Seguimos enfadao, señor Lucas? (Confidencial.) ¡He interrumpido sin querer alguna conquista?

LUCAS.—¡Rico!, ¿es así como se debe hablar con quien podría ser tu padre?

VENTURA.—Ofenda usted, si acaso, a mi bisabuela.

LUCAS.—¿Eso es llamarme viejo, mequetrefe?

VENTURA.—(Riendo.) No se enoje usted, que to es cariffo. Y dígame, haga el favor: ese señor que acaba de salir no me encuentra una vez que no se ponga negro. ¿Qué le he hecho yo, si ni siquiera le conozco?

LUCAS.—¡Nos haces a los dos la santísima pascua!

VENTURA.—¿Y cómo?

LUCAS.—Ocupando un lugar por el que suspiramos él y yo.

VENTURA.—No caigo.

LUCAS.—¡El corazón de Clara, encanto!

VENTURA.—(Riendo.) ¿Y es eso to?... ¡Pues sí que soy un estorbo en ese cielo!

LUCAS.—Con que no, ¿eh?

VENTURA.—¡Natural! Yo tengo ya patrona.

LUCAS.—¿Cuándo te casas, prenda?

VENTURA.—Se vive hoy que no es preciso tener prisa.

LUCAS.—Es que si te casases con tu novia, Clarita, al verse libre...

VENTURA.—(Interrumpiendo.) ¡Bah! ¡Bah! Que ella haga lo que quiera. Yo no me precipito. (Llamando para arriba.) ¡Bautista!

LUCAS.—(Escamado.) ¡Ay, niño! Tú estás pasando por oro fino y pa mí que eres cobre.

VENTURA.—(Como antes.) ¡Bautista!

CLARA.—(Asomándose a su puerta.) ¡Qué escandaloso eres!

VENTURA.—Ni así me oye ese tapia.

(Después que se asoma Clara se transfigura el señor Lucas para comérsela con los ojos.)

CLARA.—(Celosilla.) ¿Pa qué lo llamas? ¿Pa irte con él?

VENTURA.—(Riendo.) Eres atroz, Clarita. Siempre que salgo con el vecino me interrogas lo mismo. ¿Esa intención que pones en la voz y en toa tu cara puedo creer que sea de celos?

CLARA.—Cree lo que quieras.

VENTURA.—(Riendo.) ¡Qué en serio tomas tu papel!

CLARA.—¡Puede! Lo que sé es que Bautista no es saliente nocturno si no es pa juerguearse a todo tren, hasta con carga femenina; y tú, Ventura..., tienes novia.

VENTURA.—Novia que no se mete en lo que tú; aunque sienta sus celos si oye algo: imprudencias de alguien, claro es.

CLARA.—Paciencia, hijo.

VENTURA.—Por lo demás, es un portento, y yo la imlto. Ella va no sé adonde con su madre, y yo me sirvo de esta clara pa un rato de bureo. ¡Exigencias del cuerpo!

CLARA.—(Con vehemencia celosa.) ¡Ventura...!

VENTURA.—No te cohibas; di.

CLARA.—(Dominándose.) No era na, chico.

VENTURA.—(Riendo.) Ni mi madre me culda como tú. (Llamando.) ¡Bautista!

LUCAS.—(Aparte y enfadado, por Ventura.) (¡Estoy por darle un cate a este pasmao!)

VENTURA.—(Igual.) ¡Bautista!

(Le responde desde arriba una voz femenina.)

VOZ.—¡Está en la cama!

CLARA.—(Alegre y aparte.) ¡Ole!

VENTURA.—¡Esto no es lo tratao! (Para arriba.) ¡Oiga, Leoncia!

VOZ.—¡Que está en la cama, pollo!

VENTURA.—¡Pero está solo?

VOZ.—¡Conmigo!

CLARA.—La que te habla es su mujer; no seas obtuso.

VENTURA.—¡Ni obtuso ni diablo! ¡Hemos tratado de salir, y yo interrumpo arriba lo que sea! (*Mutis rápido por la escalera. Clara, entristecida, lo sigue con la mirada. El señor Lucas, por su parte, cabecea y refunfuña. Luego dice.*)

LUCAS.—Este galán va siendo otro.

CLARA.—¡Ca día más torbellino! Hoy, sobre to, es que lo encuentro disparao. Nunca le he visto así.

LUCAS.—(*Acercándose seducido.*) ¡Y tú sintiéndolo..., sufriendo, prenda!

CLARA.—(*Reanimándose.*) Es cosa de momento.

LUCAS.—Ni ese momento me complace. Cuando me escuches tú...

CLARA.—(*Interrumpiendo.*) Perdone, señor Lucas; aun he de hacer unas cosillas en mi casa y espera mi visita la señá Trini.

LUCAS.—(*Compungido.*) Por caridad, Clarita.

CLARA.—Va a atropellarle su manía. Porque es manía lo de usted.

LUCAS.—Ese es tu error, tontina.

CLARA.—¡Ah, sí?

LUCAS.—Sí, rica, sí. Tú también sufres tu manía y no discurre como siempre.

CLARA.—(*Zumbona.*) ¿Será posible?

LUCAS.—Como uno y uno se multiplican si son de ley. (*Ríe ella.*) Te has olvidado hasta de tí. No te observas tú misma, y no ves, pa tu mal, que tu ilusión persiste en sus castillos; pero que tú, sin advertirlo, vas acercándote a lo práctico.

CLARA.—¡Hola!

LUCAS.—Antes me huías, Clarita. Vefas a Satanás en mi persona desde que sospechaste mi propósito. Y ahora me hablas, me sonríes; te vas prendiendo en mis ocurrencias; te..., te, te...; ¡te me distraes ya, lucero claro!

CLARA.—¿Y eso le hace pensar?...

LUCAS.—En lo inminente del encuentro.

CLARA.—(*Riendo con ganas.*) ¡Es usted delicioso!

LUCAS.—(*Feliz.*) ¡Y ya me piropeas! ¡Viva Dios y su suegra!

CLARA.—(*Cesando de reír.*) Ahora me toca hablar a mí. Por cierto, señor Lucas, que tenía mis ganas desde hace días; pero el cariffo, ¿sabe usted?...

LUCAS.—Os pone tontas; lo comprendo.

CLARA.—¡Ajajá! A lo práctico. Se ha fijao usted en mí, según usted, perdidamente enamora, cuando se ve desconsolao en su viudez...

LUCAS.—¡Antes! Yo te he querido siempre, rica; sólo que atao como estaba...

CLARA.—(*Interrumpiendo.*) Pa mi caso es igual. Me ha querido

usted siempre. Dé usted también por cierto que yo le correspondo. Y ahora, ¿qué?... ¿Nos casamos?

LUCAS.—Hasta con cura y to pa hacer más gasto.

CLARA.—¡Pues casaos!

LUCAS.—(*Entusiasmado.*) ¡Vida mía!

CLARA.—(*Sufetándole.*) Paciencia, señor Lucas, que estamos a la intemperie.

LUCAS.—¡Es que me chiflas!

CLARA.—Calma... ¿Quién cree usted...?

LUCAS.—Di sin miedo ninguno.

CLARA.—No hay más remedio ya. (*Emocionándole.*) ¿Quién cree usted, pensando lógicamente, que quedaría viudo de nosotros: usted o yo?... Na de alarmarse, señor Lucas. Responda usted.

LUCAS.—Sí, hija, sí; lo..., lo lógico es que enviudases tú, y pronto, que es lo malo. (*Reanimándose.*) Pero... Has dicho bien; na de alarmarse. Lo acepto to. Te enviudaré. Y quedarás tan joven como eres y tan reguapa; y por sí fuese poco, dueña absoluta de cuanto tengo: dos casas en Madrid, otra en Pozuelo, los muebles de mi piso, un traje mío flamante, una jaula dorá...

CLARA.—Basta, que me deslumbró. Conclusión, señor Lucas: me dejaría usted pa que pudiese reincidir.

LUCAS.—(*Con escalofrío.*) ¡Eso se calla, prenda!

CLARA.—Yo no me callo na. Me casaría de nuevo, seguramente, y mi segundo esposo—que sería a lo peor un sinvergüenza—disfrutaría de mí; es decir, de la viuda y del dinero del señor Lucas.

LUCAS.—(*Indignado.*) ¡De ningún modo!

CLARA.—(*Riendo.*) ¿Ve usted?

LUCAS.—¡Lo que veo, rica, es que das tú unas calabazas que desmoronan al más pintaio!

CLARA.—Con la verdad na más.

LUCAS.—¿No te parece que me vaya?

CLARA.—Me queda más pa usted.

LUCAS.—¡Será el arrastre!

CLARA.—(*Riendo.*) No, no.

LUCAS.—¡No creas que me ablandas con tu risa! ¡Tu negativa me ha crispao! ¡Es que no sirvo yo?

CLARA.—Más que muchos barbiones, y va usted a demostrarlo.

LUCAS.—(*Súbitamente alborozado.*) ¡Y ole! ¡Ya me extrañaba a mí que me creyeses un pretérito!

CLARA.—¿Qué disparate! ¡Un hombre de una vez!

LUCAS.—¡Y completo!

CLARA.—¡Eso, no!

LUCAS.—(*Asustado.*) ¡Eh!

CLARA.—Pa eso, pa estar completo... (*Suplicante*) cásese usted con la señá Lucrecia.

LUCAS.—(*Fuera de sí.*) ¡Me has matao, rica!

CLARA.—(Asustada.) ; Señor Lucas!

LUCAS.—(Yéndose para la calle.) ; Señor Roeca! ; La muerte antes que oírtel ; Me has matao, rica, me has matao! (Mutis. Clara rompe a reír con ganas. Cuando cesa su risa, inicia el mutis por su casa a la par que dice.)

CLARA.—Le gusta al hombre la fruta nueva. (A punto de ir a desaparecer finge recordar algo y se detiene. Mirando para arriba.) ;No baja éste?... No se oye a nadie... ;Pero será capaz de irse con Bautista?... ;Ay!! (Su última exclamación es de susto, promovida por otra igual que lanzarán varias personas en la calle inmediatamente de un bocinazo. Seguirá un rumor de cuchicheos que cesará poco después. Clara, sin decidirse a salir a la calle, mirará interesada hacia la misma.) Es en la calle... ;Qué habrá pasao, Dios mío!

SOFIA.—(Asomada en su puerta y hablando para dentro.) Lo que sea es en la calle. ;Voy a oler! Madre, sígale usted contando cosas mías a don Fermín. (Mutis.)

CLARA.—;La de gente que pasa!... Estoy por acercarme... Vuelven ya algunos... (Respirando.) ;Ay! Y tos pasan riendo; menos mal... El tío Risica; él me dirá...

VENTURA.—(Desde arriba.) Oye, Clarita.

CLARA.—(Alegre.) Dime, Ventura.

VENTURA.—;Ocurre algo en la calle?

CLARA.—Mira, sí; no salgas tú, que están haciendo limpia los de Asalto. (Ríe Ventura.) ;Has convenido ya a Bautista?

VENTURA.—Lo estaba antes que yo.

CLARA.—(Inquieta.) ;Vais a salir entonces?

VENTURA.—No accede su mujer; se siente... esposa.

CLARA.—(Con enfado.) ;Y tú vas a impedirlo?

VENTURA.—Como Bautista pique lo veo difícil. Voy a ver.

CLARA.—;Ventura!... ;Se me escapó!

(Vuelve SOFIA y entra en su casa diciendo.)

SOFIA.—;Un poco más y le hace oblea!

CLARA.—(Oyendo y volviendo a su curiosidad.) ;Pero qué?... Ya viene el tío Risica. (Saliéndole al encuentro.) ;Qué ha sucedido, vecino?

(El TIO RISICA es hombre de edad, cuya característica es la de hablar siempre riendo, sin que su risa sea escandalosa, porque ni su voz ni sus ademanes tendrán mucha vitalidad. Parece como que se le va a soplar y va apagarse.)

TIO RISICA.—Lo he visto to, Clarita. Un poco más y la hecatombe.

CLARA.—;Hombre de Dios, si el caso es grave no ría usted!

TIO RISICA.—Ya sabes que es virtud o enfermedad.

CLARA.—Cuenta usted.

TIO RISICA.—Con mil amores. Y como sé que eres sensible te contaré el dramón poquito a poco, pa que no te impresiones.

CLARA.—¡Déjese de preámbulos!

TIO RISICA.—Poquito a poco, hija... Mira..., ha intentao suicidarse el señor Lucas.

CLARA.—(*Dolorosamente impresionada.*) ¡Eh!

TIO RISICA.—¿He empezao fuerte?

CLARA.—¿Dónde está el señor Lucas?

TIO RISICA.—De convidá con unos amigos en el bar de la esquina.

CLARA.—(*Respirando.*) ¡Ay! Me tranquiliza usted.

TIO RISICA.—Ha tenfo gracia.

CLARA.—¿Gracia lo que ha ido a hacer?

TIO RISICA.—¿No te lo digo yo? Lo he visto to. Sale a la puerta endemoniao; mira pa acá, creo que con pena; mira después al cielo, creo que diciendo adiós pa siempre; luego se muerde un puño: “¡Ay!, dice quejándose; avanza hacia el arroyo; se le presenta en éste un auto-taxi, y ¡zas!, él que se arroja al paso...

CLARA.—(*Asustada.*) ¡Ay!

TIO RISICA.—Igual que tú hice yo: “¡Ay!”

CLARA.—¡No ría usted!

TIO RISICA.—Ahora es obligación. Paró el vehículo como por arte de encantamiento, antes de tropezar con el suicida; éste se dió más prisa en levantarse que en tirarse, y acercándose al chófer va y le dice, ya más contento que unas pascuas: “¡Haz siempre igual, muchacho!” (*Rien ahora los dos.*) Y después na.

CLARA.—Después la que le espera. ¡Ya le diré yo al señor Lucas!

TIO RISICA.—De perlas. Cuando le veas rífele. Es un crío.

CLARA.—(*Iniciando un mutis.*) ¡Me oirá! Gracias, vecino; y que usted descanse.

TIO RISICA.—Si puedo, chica.

CLARA.—Si le deja la risa, sí, señor. (*Mutis de los dos, Clara por su casa y él por la escalera. El tío Risica se irá riendo. Clara entrará su puerta. La escena queda sola y en silencio. Se oye un ronquido. Y a poco aparece VENTURA por la escalera, lento y malhumorado.*)

VENTURA.—¿Y qué hago solo ahora, si el plan era con él?... ¡Ja, ja, ja! Me ha estropeao el pasodoble su costilla. Eso sí, con razón; no se ató la Leoncia al matrimonio, como ella ha dicho, pa que su lecho sea lo más frío de su casa... ¡Pero yo, con to esto!... (*Queda pensativo. Estando así y sin ser vista por él, llega de la calle muy diligente y con dirección a la escalera PATRO, tipo popular vestido con cierto lujo y mujer joven descaradamente flamenca. Desde que aparece ve a Ventura; sonríe por su actitud y al pasar por detrás de él le dice burlescamente.*)

PATRO.—¡Qué lástima de hombre!

- VENTURA.**—(Con un respingo.) ¿Quién?
- PATRO.**—¡Ja, ja, ja! ¿Te has asustao, Daoiz?
- VENTURA.**—(Reanimado y en seductor.) Al verte, Patro.
- PATRO.**—Echale agua al vino.
- VENTURA.**—Es que vies de flamenca que eres un volapié.
- PATRO.**—Atrévete a decirme eso en la calle.
- VENTURA.**—Y en un tejao, aunque no sea enero.
- PATRO.**—(Después de reír y adoptando actitud de seriedad.) Oye, Ventura..., ¿sabes que me pareces otro hoy?
- VENTURA.**—Siempre te requerebré.
- PATRO.**—Por buen humor y por confianza; pero no... como ahora. Ahora es que ardes, chico. ¿Llevas estufa encima?
- VENTURA.**—¡De cuanto tú apetezcas!
- PATRO.**—Formalidaz.
- VENTURA.**—¿Has abierto colegio?
- PATRO.**—(Confidencial.) No seas tan chusco y óyeme una advertencia.
- VENTURA.**—¿Una advertencia tuya?
- PATRO.**—De nadie más certera. Y óyela...: ten más pupila de la que tienes.
- VENTURA.**—No sé por qué. Eso tendrá un motivo...
- PATRO.**—¡Natural! Lo tienen los cuplés y son pamplinas. Ten más pupila, porque penetras en ciertos sitios con... cierta chica, que al parecer la quieres, y habláis de modo tan... ricamente, que aunque echéis los pestillos os descubrís.
- VENTURA.**—(Molesto.) ¡No andarás tú muy lejos!
- PATRO.**—¿Y eso qué? ¿Es un secreto acaso que yo... vivo de mí?
- VENTURA.**—Perdóname, mujer. No he querido criticarte. Toa la casa te quiere a pesar de eso, porque sabemos tos...
- PATRO.**—(Interrumpiendo.) No derives, marino. Yo no importo ya na.
- VENTURA.**—¡Chica!
- PATRO.**—¡Na! Joven, flamenca, llamativa, seguía de muchos; pero..., precisamente, por ser de muchos, ¡na! Tú no lo pues saber; no lo sabéis los hombres. Hay abundancias que son miserias. Si pensarais na más cuando se os va el seguro, las que nacemos locas, pero buenas, tendríamos en vosotros, en vez de un ple pa tropezar, unos brazos valientes pa sostenernos. Y esto, Ventura..., porque sé que eres hombre de corazón y quiero a Elena, por ser tu novia, y a tí te quiero con amistad de siempre, es lo que te recuerdo... Piensa y sé noble, chico.
- VENTURA.**—¿Temas por..., por eso que me dices, que abandone yo a Elena?
- PATRO.**—To es de temer, porque el mejor de los nacíos tie sus quelebras; en el terreno del... cariño sobre to.
- VENTURA.**—Tú a mí no me conoces.

PATRO.—No llevas antifaz. Pero sería lo mismo; yo he querido advertirte solamente. Si quieres de verdaz a esa muchacha..., respétala mejor.

VENTURA.—¡Qué bien se habla sin saber!

PATRO.—¡Ya es rancio ese refrán!

VENTURA.—Eres graciosa. (*Ríen.*)

PATRO.—Tómalo como quieras. Abur, doncel.

VENTURA.—(*Acercándose más insinuante que al principio.*) ¡Eh, eh!, no te me fugues, prenda. Te has colocao hoy una sotana pa hablar conmigo y ni el sermón te ha puesto fea. (*Ríe Patro.*) ¿Vas a salir de nuevo hoy? (*Aparece CLARA a tiempo de oír la última frase, la cual le causará mala impresión. Cierra con llave la puerta de su casa, y desentendida de los demás, cosa que extraña a éstos, se dirige hacia el cuarto de la señora Trini. Vacila en medio del trayecto. En realidad, no sabe lo que hace por su inquietud de ánimo. Por fin avanza y llama en la puerta con los nudillos. Entonces le dirá.*) Empuja, que hay paso libre. (*Lo hace así Clara, entrando vivamente. Rompe a reír Ventura.*)

PATRO.—(*Extrañada y dolida.*) Oye, Ventura, ¿de qué te ríes tú y por qué esa actitud de Clara? Yo no la he dao motivo pa esa pasá de penitente.

VENTURA.—¡Pues y yo! Pero es que tiene gracia. Ha pasao así roída por los celos.

PATRO.—¡Qué va!

VENTURA.—(*Exultándose y junto a ella.*) No, y tie razón la chica, si es verdaz que me quiere. Porque si no ha escuchao ha visto en cambio un cuadro que no engaña: que tú estás hoy pa un estropicio, y que yo, que no soy ciego ni soy de horchata, te veo y me quemó y me arrimo a ti que no soy yo.

PATRO.—(*Con zumba.*) Y no lo eres.

VENTURA.—¿Lo ven también tus ojos?

PATRO.—Como que tú eras algo listo. (*Retirándose.*) Refréscate, galán.

VENTURA.—(*Molesto.*) ¡Oyeme, Patro! Es que yo te requiero...

PATRO.—(*Indignada e interrumpiendo.*) ¡Que no sigas por ahí!

VENTURA.—No te me ofendas, colegiala.

PATRO.—(*Con emoción.*) Hazme el favor, Ventura..., te lo suplico; mírame siempre como lo hacías, que hoy no me queda más orgullo que el de venir aquí, a mi cuarto, donde crecí entre gente buena, y ver que mis vecinos al tratarme lo hacen aún con su bondaz, olvidaos de... mi vida. Tú eres otro vecino; me has querido hasta ahora, me has respetao...; ¡sigue igual!

VENTURA.—(*Avanzando.*) ¡Si es que estás pa comerte!

PATRO.—(*Indignada y haciendo mutis por la escalera.*) ¡Y tú estás hoy que pides cárcel!

VENTURA.—(*Riendo y siguiéndola sin desaparecer.*) ¡Chiquilla!

CLARA.—(En la puerta y para dentro.) Vuelvo pronto con ella, señá Trini. (Se dirige hacia su casa sin fijarse en Ventura; pero éste repara en ello con desagrado y la detiene.)

VENTURA.—(Para sí.) (¡Otra pasá de tonta?...!) (A ella.) Un momento, Clarita.

CLARA.—No te entretengas más, que vas a irte tarde.

VENTURA.—Ahora me iré.

CLARA.—Cuanto antes mejor, que el aire de la calle despeja mucho. (Con intención.)

VENTURA.—(Riendo.) ¡Estupendo! ¿No me decías que no saliese hace muy poco?

CLARA.—Por... por decir algo. Adiós, Ventura.

VENTURA.—¡Espera!... ¿Te lo suplico?

CLARA.—(Acercándose.) No es preciso. Un deseo tuyo es un deber para mí.

VENTURA.—(Halagado.) ¡Y ole! Ya veo que no estás disgustá.

CLARA.—¡Hombre! ¿Habías creído que yo estuviese disgustá, y eso te ha preocupao?

VENTURA.—Lo acabas de decir. Cuando pasaste antes camino de mi casa, desentendía de los que estábamos aquí, ref de veras. Me hizo tilín tu... seriedad. Y ahora, que has vuelto a pasar lo mismo, me has hecho daño.

CLARA.—(Reprintiendo su emoción.) ¡Chico, no te conozco!

VENTURA.—Hablo de corazón.

CLARA.—¡Y... a qué achacas tú eso?

VENTURA.—¡Vete a saber! Es decir: la cosa es clara, chica. Me tienes muy consentido. Me has tratao siempre con mucho halago. Hiciera lo que hiciera, siempre me sonreíste. Esto da muchas alas; se hace costumbre y confía uno.

CLARA.—Me va gustando tu explicación.

VENTURA.—Que es la fetén. Yo tenía ya por cosa mía tu trato generoso. No podía imaginar que me fallase nunca. Y ahora, cuando has pasao rehuyendo mi mirada por segunda... me ha dao la sangre un vuelco malo.

CLARA.—(Riendo.) ¡Pobrecillo!

VENTURA.—(Reanimado.) Vienen bien tu alegría y tu piedaz. Ahora que vas a decirme...

CLARA.—(Interrumpiendo.) ¡Ca! Pronto has perdido el equilibrio. Adonde voy ahora...

VENTURA.—(Interrumpiendo.) Aguarda. ¿Pero es que sabes lo que deseo que digas?

CLARA.—Me... lo figuro.

VENTURA.—¡Sí que penetras!

CLARA.—¡Pa que veas! Y no es que yo me oponga a decirte na. Sólo quiero aplazar... esta entrevista.

VENTURA.—¡Y eso?...

CLARA.—No insistas, chico. Y hazme caso tú a mí, aunque sólo sea hoy: vete... a airearte.

VENTURA.—¿Queréis volverme loco! ¿Porque no eres tú sola la que me recomienda ese sosiego! ¿Es que pincho esta noche?

CLARA.—(*Después de retir.*) No te aconsejo por na malo. Es que estás... sofocao. Exigencias del cuerpo, que dijiste tú antes. Y cuando está uno así, como se ve que estás tú hoy, lo mejor es huir, quitarse de donde puede haber peligro, porque podrías cometer una torpeza.

VENTURA.—¿Contigo yo?

CLARA.—Nadie señala el blanco. Obedece. Ventura; tú, ahora mismo a la calle a... darte un baño frío, si es posible; y yo a jugar un rato con tu madre. ¡Vaya!, y adiós, que voy por la baraja.

VENTURA.—Jugaré yo también.

CLARA.—¡Ja, ja, ja! ¡Pero, chico!

VENTURA.—Que me quedo contigo.

CLARA.—¿Precisamente conmigo?

VENTURA.—Dispuesto a to; incluso a darle algo a mi madre pa que se duerma como un tronco. (*Rte ella.*) ¡Es que ya me has picao! No dormiría esta noche si tú no me aclarases lo que quiero.

CLARA.—(*Temerosa.*) ¡Por Dios, Ventura!

VENTURA.—¡Yo también soy farruco! Has dao a entender, puesto que fijas plazo pa que hablemos, de que la seriedad que te he echao en cara tie un motivo, y... o lo sé o velamos los dos. ¡No me voy de tu lao! Después de to salgo ganando, porque siempre es bonito y es de suerte ver una cara maja como la tuya.

CLARA.—¿Ventura! ¡Cuando decía yo!

VENTURA.—Como quieras ponerte estás tú mismo: ¡guapísima! (*ella inicia el mutis; él la sigue.*) ¡Ca!

CLARA.—Te lo suplico... ¡Vete!

VENTURA.—No me pueden las súplicas cuando no quiero. Y tú me has dicho antes que un deseo mío es un deber pa tí.

CLARA.—Es que si no lo fuera me importaría poco o na seguir hablando. ¡Sé quién soy! Pero también..., como has oído, sé que mi voluntaz no sirve contra tí.

VENTURA.—¡Ole, so fea!

CLARA.—Vete, criatura.

VENTURA.—Habla y me voy... ¿Por qué has pasao hoy dos veces sin mirarme?

CLARA.—¿Pero crees de verdaz, si no eres un pasmao, que debes preguntarlo, que no lo sabes sin oírlo?

VENTURA.—Es... que es muy fuerte lo que pienso.

CLARA.—¿Fuerte que una mujer, una mujer llena de vida, con sangre y corazón en toda ella; pero con tanto de ambas cosas que ha tenía que crecer pa no morir ahogá...



VENTURA.—¡Viva tu boca!

CLARA.—¡Fuerte que esta mujer, cegó por uno de quien no espera a veces ni una sonrisa, haya sentido rabia y celos al verle—como yo he sorprendió tu... calentura— que se alegraba con otra carne? ¡Fuerte que sienta celos si antes que yo te anima y te conmueve lo primero que salta? ¡Yo soy también mujer! Y no me importa conocer que mi amor es inútil porque parezca que le tiro, que le siembro en el aire. ¡Yo no lo creo así! Yo quiero y pienso íntimamente, como to el que se ciega, que es cosa mía lo que adoro. ¿No voy a estremecerme si me dañan?... Esto era to, Ventura... Vete tranquilo ya.

VENTURA.—¡Menos que antes!

CLARA.—(*Temerosa.*) Tú quieres asustarme a mí esta noche.

VENTURA.—Me voy menos que antes. Hoy es pa ti mi labia. Y si te empeñas en que saiga no va a ser solo.

CLARA.—¡Pero!...

VENTURA.—No te me asombres, reina; ni vayas a pedirme, pa cambiar deseos, que yo te explique en este instante; lo que me pasa! No lo sé... Tú me has hablao como nunca; yo te he escuchao como nunca, con unas ganas locas de—quizás de amarte a tono tuyo o como yo he creído ahora que tú quieres—, y si es verdad que adoras tanto e insistes en suplicarme que me vaya..., yo te hago otra suplica: no me dejes ir solo.

CLARA.—(*Angustiada.*) Completamente solo.

VENTURA.—(*Amoroso.*) No será así... ¡Yo no me aparto de tu cara!

CLARA.—Vete, chiquillo.

VENTURA.—Ni tú lo quieres.

CLARA.—No me ves hoy como debieras.

VENTURA.—¡Veo sólo lo que vales! ¡Viva tu cuerpo de barbiana! ¡Ea, a la calle, pero contigo!

CLARA.—(*Miedosa.*) Estás loco, Ventura.

VENTURA.—¡Por tu boca de gloria!

CLARA.—No eres dueño de ti.

VENTURA.—¡A la calle los dos!

CLARA.—No...

VENTURA.—(*Súbitamente despectivo.*) ¡Tu cariño es mentira!

CLARA.—¡Más que loco!

VENTURA.—¡Pura mentira!

CLARA.—¡Calla!

VENTURA.—¡Lo dicho!

CLARA.—(*Bravía y resuelta.*) ¡Pues contigo al infierno! (*Avanza hacia él ofreciéndole el brazo; pero él, que recibirá un alegrón grande, hace transición, asustándose del momento, mucho más porque*

aparece PATRO en la escalera como si le quisiera presentar su vida para que pensara. No llega a coger el brazo que le ofrecen y agacha la cabeza emocionado. Patro presencia lo que ocurre con emoción alegre. No es vista por Clarita, que seguirá pendiente de su resolución.) ; A la calle los dos! ; Lo mandas tú? ; Pues a saclar un ramalazo de locura, y allá tú con tu alma! ; Vamos!... ; Te acabarás ahora?... ; Aun te parezco poco pa una noche de juerga?

VENTURA.—(Angustiado.) Perdóname, mujer.

CLARA.—(Embriagada de alegría.) ; Que te...? Y no me miras, no te atreves; y echa lumbre tu cara... (Ahogándose.) ; Has visto claro?

PATRO.—(Avanzando lentamente y por ella misma.) Ha visto a tiempo un porvenir.

CLARA.—(Extrañada y celosa.) ; Tú?

PATRO.—Que he hecho de Providencia, al parecer.

VENTURA.—(Iniciando un mutis rabioso.) ; Me doy asco!

CLARA.—(Dejándole clavado.) ; Ventura!

PATRO.—Déjale ir, Clarita...

CLARA.—; Patro, nadie ha pedío tu intervención!

PATRO.—; Qué va! ; Pues sí que estás colá!

DON FERMIN.—(Saliendo de la portería y para dentro.) Hasta mañana. (Quedan todos suspensos y pendientes de él cuando le oyen. Don Fermin, en cambio, va a Clara, se alegra y dice sin avanzar.) Buenas noches, Clarita. (Ligera pausa.)

VENTURA.—(Reanimado.) Ya lo ve usted..., ; ni responderle! Conque está despachao. ; No vuelva usted por este patio!

DON FERMIN.—(Serenamente.) Ahora más que nunca. (Ventura se abalanza hacia don Fermin, que seguirá sin estremecerse.)

CLARA.—; Ventura!

PATRO.—; Chico! ; Vamos, que ties madre y es vieja!

(Ventura, aturdido, a la voz de Clara se detiene, y ella le coge, trayéndole para dentro.)

CLARA.—; Qué atrocidad! ; Hala pa dentro! Y usted, señor... (Con agrado) hasta la vista.

VENTURA.—(Celoso.) ; Hasta?...

DON FERMIN.—Gracias, Clarita. Hasta otro rato.

CLARA.—Hasta otro rato. Adiós, adiós.

(Mutis por la calle.)

VENTURA.—(Celoso y angustiado.) ; Por qué le has dicho tú a ese hombre hasta la vista?

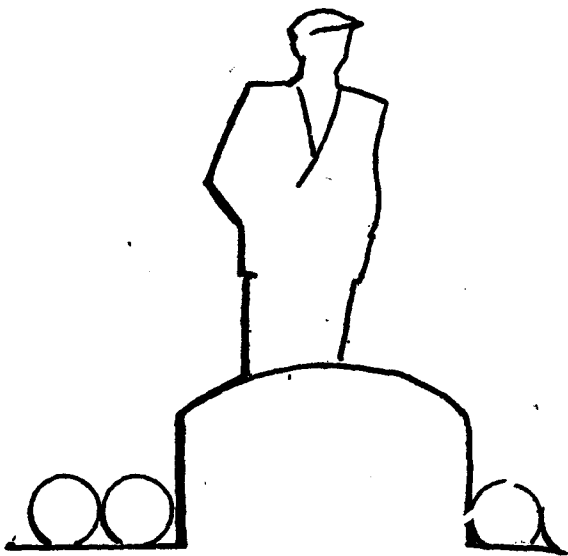
CLARA.—(Zumbona e iniciando un mutis por su casa.) Ya... lo sabrás. Tú a tu casa ahora mismo.

VENTURA.—; Pero por qué le has dicho?...

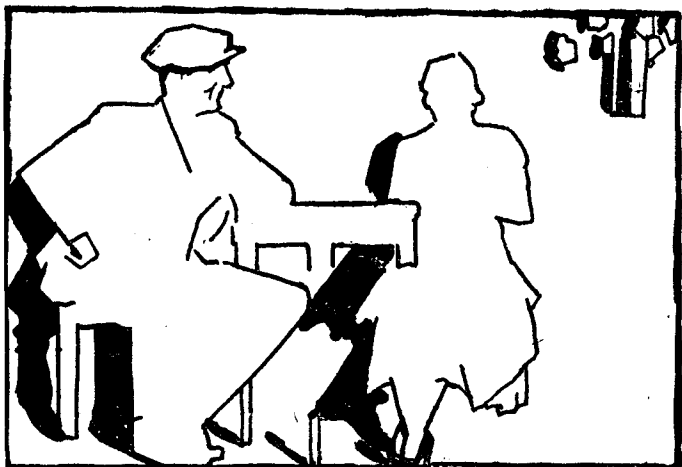
CLARA.—(Interrumpiendo.) ; Ya lo sabrás, so illa! (Clara rompe a reír.)

PATRO.—(A Ventura.) ¡En buen fregao te metes, caporal!
(Telón. Sigue riendo Clara hasta el final y él queriendo arrancar una respuesta. Patro, luego que dice en última frase, hace mutis por la calle.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO



El mismo decorado. Por parte de tarde.

(VENTURA está en escena echado sobre el quicio de su puerta. Su aspecto es de tristeza. A poco dice para dentro.)

VENTURA.—¡No te canses, madre, que no me muevo de aquí! *(Se abre la puerta de Clara, y Ventura, que lo ve, hace un movimiento brusco para avanzar; pero vuelve a quedar lo mismo inmediatamente, porque quien aparece en dicha puerta es el SEÑOR LUCAS. Este, asomado, mira hacia la calle y dice después, dirigiéndose a alguien que se supone dentro.)*

LUCAS.—No viene aún... ¡Me llegó a ver?... ¡Bah! ¡Sí que es apuro el tuyo! Con ésa no riñe ni un gallo inglés. *(Mutis, cerrando de nuevo. A poco llega de la calle UN VENDEDOR de miel y quesos, tipo de paleta socarrón, Pregona hacia arriba.)*

VENDEDOR.—¡De la Alcafría miel! ¡Queso manchego!

SOFIA.—*(En la puerta de su casa.)* ¡Lleva también juguetes?

VENDEDOR.—Los compro pa las guapas.

SOFIA.—¡Ay! ¡Ha señalao usted pa mí!

VENDEDOR.—Yo no me fijo en birrias.

SOFIA.—*(Enfadada.)* ¡Mira el meloso! ¡Qué más quisiera usted, so grullo! *(Mutis.)*

VENDEDOR.—(Después de retir, pregona.) ¡El melero! ¡Queso manchego!

VOZ.—(Desde arriba.) ¡Suba usted!

VENDEDOR.—¡A qué piso?

VOZ.—¡Al penúltimo, que hace cuarto, pasillo bis de la izquierda, letra ce duplicá!

VENDEDOR.—¡Un momento, señora! ¡Echeme el plano de la casa!

VOZ.—¡Suba, que no tie pierde!

VENDEDOR.—¡Subo! (Bajo y resignado.) Que sea lo que Dios quiera. (A PATRO, que asoma por la escalera con dirección a la calle, y a la que mira con admiración.) Joven, ¿se sube por aquí?

PATRO.—Por la escalera.

VENDEDOR.—¿Es que hay ascensor?

PATRO.—Sólo pa la verdura. (Mutis, riendo del vendedor. Patro, al ir a tomar el portal, repara en Ventura, que no se fijará en nadie, y se detiene para decirle.) ¡Así se quiere, chico! ¡Hoy no te dice na mi estampa? Porque voy tan vistosa como hace días.

VENTURA.—(Sin estremecerse.) Patro, perdona que no te cuche.

PATRO.—¡Qué perdón ni qué berzas! ¡Así se quiere! Claro es, chico, que así se sufre mucho si nos vienen mal das; pero lo vale una pasión cuando es de ley. (Iniciando el mutis.) Que se te arregle el azcidente.

VENTURA.—¡Por buenas o por malas!

PATRO.—Eso... No se me ocurre na pa disuadirte de ese estao, que tie sus baches. ¡El no pararse a tiempo!

VENTURA.—Ties razón. La culpa es mía na más.

PATRO.—¡Qué va! Sé más que tú, por lo que veo.

VENTURA.—¿Qué sabes, chica?

PATRO.—No echemos leña al fuego. Sólo he quería decirte que me conozco a Elena, lo que se dice sin error, desde hace dos días. ¡Bien dejá está! ¡Te es suficiente?

VENTURA.—De sobra.

PATRO.—¡Natural! Como que has visto ya que no era ella tu dueña, sino Clarita, ¡so míope!

VENTURA.—¡Bien voy a pagar!

PATRO.—En estos trances se ven los hombres. ¡A vencer, chico! Y bueno, dime a mí algo antes de irme, que no voy fea.

VENTURA.—No estoy de humor.

PATRO.—¡Y ole! ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora sí que has caído! Abur, so víctima. (No la responde. Llama a SOFIA desde la puerta de ésta.) ¡Soñ!

SOFIA.—(Acudiendo.) ¡Te vas?

PATRO.—Me voy, rica. No os olvidéis tu madre o tú de subir a mi cuarto.

SOFIA.—¿Cómo sigue tu padre?

PATRO.—De eso, ni hablar: igual hasta que muera. Sofía, a las siete la medicina blanca.

SOFIA.—La de vaca, ya sé. Oyeme, Patro, tú que conoces a tanta gente, ¿qué te parece a ti un chico morenote que me sonríe cuando me ve?

PATRO.—Con esas señas...

SOFIA.—Es que no sé quién es.

PATRO.—(Riendo.) ; Pues sí! Pero dime, ¿no trasteabas estos días a don Fermín?

SOFIA.—Es un poste pa *mua*; no le hago cosquillas ni escotándome mucho. (Ríen.) Sigue emperrao, y no la ve siquiera, en que ha de ganarle a Clara la partida.

PATRO.—; Lo que es por ahí!

SOFIA.—Jura que sí. Como es culto el señor y habla francés, jura y rejure que es tenaz; ; tenaz!, que en español quiere decir "un tío castizo". (Ríe Patro.) ; Ah! Y está más animao desde que sabe que Clarita, por lo que tos sabemos, no saluda a Ventura. (Patro, imponiéndola silencio, le da a entender por señas que Ventura está cerca.) ; El ahí? Me alegre, chica. Estoy sola y me aburro; tú me dejás también, y este atontao de Ventura tie un rato de palique. Voy a darle el té.

VENTURA.—(Que oye.) ; Lo que es a mí! (Desaparece, entrando en su casa y cerrando la puerta. Al propio tiempo, riendo, hace mutis Patro. Sofía avanzará, deteniéndose pronto, disgustada al verse sola.)

SOFIA.—(Por Ventura.) ; Habrá pollo con humos! (Súbitamente alegre, fingiendo que llega alguien de la calle.) ; Hola! Gano en el cambio. (Saliendo al encuentro.) Oyeme, Clara, te digo hasta cuentos verdes si es que vies triste.

CLARA.—(Sin detenerse.) ; El perejil para ti, que eres un loro!

SOFIA.—(Haciendo mutis rápido por la portería.) ; Buena vienes, galana!

(Clara llegará de la calle algo nerviosa y triste. Al ir a entrar en su casa es detenida por LUCRECIA, que se asomará sigilosamente a su puerta para sisearla e indicarle por señas que se le acerque, cosa que hará Clarita de buen grado. Hablarán junto a la puerta de Lucrecia, y ésta en tono bajo.)

LUCRECIA.—Está en tu casa.

CLARA.—; Quién?

LUCRECIA.—Lucas, criatura. ; Te has asustao?

CLARA.—Me ha impresionao na más. Vengo de pretender una entrevista que no ha cuajao, porque no estaba en casa la visitada, y sin saber por qué he pensao al pronto que ella hubiese venido a verme a mí.

LUCRECIA.—; Hay cosas graves, chica?.

CLARA.—; Quién piensa en eso! Grave es la muerte y tos vivimos.

LUCRECIA.—Me he referido a que si había algo más de lo que sé.

CLARA.—Que no, señá Lucrecia. Diga usted qué quería.

LUCRECIA.—Ya me has oído, rica: que ties a Lucas a tu alcance. (*Ríe Clara.*) ;Te ríes de mi delirio?

CLARA.—; Quite usted! De eso no se reiría ni el tío Risca. Por lo demás, esté tranquila; más aún: alégrese.

LUCRECIA.—(*Temblosa de alegría.*) ;No me digas!

CLARA.—; Alégrese! He habiao con él en serio.

LUCRECIA.—; Y accede?

CLARA.—To está resuelto a su favor, señá Lucrecia.

LUCRECIA.—; Ay! (*Súbitamente contiene su alegría y se muestra sofocada, porque habla dentro y cerca el señor Lucas.*)

LUCAS.—Vuelvo pronto, muchacho.

CLARA.—; Sale!

LUCRECIA.—; Debo abrirle mis brazos?

CLARA.—Eso se hace a la edaz de Cristo. Conténgase.

LUCAS.—(*Apareciendo y a Clara.*) ;Hola, tesoro!

LUCRECIA.—(*A Clara, sin atreverse a mirar al señor Lucas.*) ;Por quién va eso?

CLARA.—Por usted. (*Al señor Lucas, que se le acerca mirándola con entusiasmo.*) Señor Lucas, se iba usted ya, por lo que veo, y eso no fué lo prometido.

LUCAS.—Poquito a poco, prenda.

CLARA.—Yo veo...

LUCAS.—(*Interrumpiendo.*) Déjame hablar a mí, que si hablas sólo tú también me vas a convencer de que no soy formal. (*Ríe Clara.*) En esto no me laves la contraria, te lo ruego, que estoy ya que deliro porque me vences siempre. Bien está... lo pasao. Me atropellaste al fin...

CLARA.—; Señor Lucas!

LUCAS.—No te reprocho na; más bien te estoy agradecido.

CLARA.—; Así me gusta!

LUCAS.—El raciocinio tie su camino, y al que no se sale de él le atracan; es decir, salvo que el desvio tenga suerte, como este viejo, pongo por caso.

LUCRECIA.—; Viejo tú?

LUCAS.—Y tú; pero...

LUCRECIA.—(*Nerviosa.*) ;Pero qué?

LUCAS.—Que te calles ahora.

LUCRECIA.—Tú mandas, rico. (*Ríe Clara.*)

LUCAS.—Me convenciste, Clara. En dos o tres sesiones de las tuyas, con ese pico que Dios te ha dao, que serviría pa curar agónicos, conseguiste calmarme; que piense que te quiero como suponas tú, como un abuelo tierno..., como debo.

LUCRECIA.—(Sin poder reprimir más un ramalazo de celos.) ¿Todavía?

CLARA.—Ha dicho como debo.

LUCRECIA.—(Reanimada.) ¡Ya!

LUCAS.—Y a ti, Lucrecia.

LUCRECIA.—No te arrepentirás.

LUCAS.—No habrá tiempo pa tanto. (Ríen ellas.) Y a lo que ibamos, Clarita.

CLARA.—Iba usted, y adonde iba es a la calle.

LUCAS.—¡Ajajá! Pero me iba según acuerdo mutuo. Quiero que conste porque deseo ganarte en algo. Tú me pediste al irte que me quedase un rato con el acatarrao, por si a tu hermano se le ocurría pedir alguna cosa, y...

CLARA.—(Interrumpiendo.) Y punto en boca, porque es verdad lo que dice usted.

LUCAS.—(Alegre.) ¿Lo reconoces?

CLARA.—Fué lo tratao, sí, señor.

LUCAS.—; Ya te he ganao en algo, muralla inexpugnable. (Ríe Clara.) ¿Me autorizas a irme?

CLARA.—Se lo exijo. A pasear, a pasear, y a echar piropos de los que puen oírse.

LUCRECIA.—; Mujer!

CLARA.—Así volverá más vivo.

LUCAS.—(Embobado con Clara y retirándose.) ¿Eres..., eres mi vida, aunque tú no quieras! (Ríe Clara.)

LUCRECIA.—Oyeme, Lucas, cuando regreses entra en casa.

LUCAS.—; Y si vuelvo cansao?

LUCRECIA.—; Aunque vuelvas tèmible!... (Ríen Clara y el señor Lucas, éste se va a la calle.) ¿Dios me ha oído!

CLARA.—Bueno, señá Lucrecia...

LUCRECIA.—(Interrumpiendo vivamente.) ¿Ha dao fecha de boda?

CLARA.—Calma, que no es por ahí.

LUCRECIA.—(A punto de sufrir un síncope.) ¡Clara!

CLARA.—Es que lo que ha resuelto es casi igual.

LUCRECIA.—¿Piensa a sus años en un arrimo, pa que me vuelva loca yo y le explote?

CLARA.—(Riendo.) Nada de eso... ¿Quiere usted mucho al señor Lucas?

LUCRECIA.—; Como tú al más granuja de los!...

CLARA.—(Interrumpiendo con tristeza.) ¡No me recuerde usted! (Oye VENTURA apesadumbrado. Saldrá al quedarse solas las dos mujeres y, sigilosamente, porque ve a Clara, se corre hasta la puerta de ella dispuesto a cortarle el paso. Aguarda con inquietud el momento de abordarla. No es visto por las mujeres, las cuales no interrumpen su diálogo.)

LUCRECIA.—Perdóname. ; Quiero a mi Lucas!

CLARA.—Pues él... (*Se cohíbe.*)

LUCRECIA.—Es malo lo que sigue.

CLARA.—No creo... El no se casa ya con nadie.

LUCRECIA.—(*Angustiada.*) ;Dios mío!

CLARA.—Pero ha resuelto, y me ha pedido que yo se lo diga a usted pa su sosiego, que usted, cuando él expire, si es que se muere antes, quede heredera única de cuanto tiene... (*La alegría que recibe la señá Lucrecia la impide hablar.*) ;Le doy mala noticia?

LUCRECIA.—(*Reventando.*) ;Calla, bendita! ;Si no quería otra cosa! ;Ay!, ¡ay, al fin mi primo se porta como tal! (*Rompe a reír Clara, y Lucrecia, riendo y llorando, hace mutis diciendo.*) ;Qué va! ;Ya tiene su techo mi vejez! ;Lo que yo perseguía!

CLARA.—(*Cesando de reír.*) En fin... (*Se vuelve y se encuentra con Ventura, emocionándose con disgusto. Ligera pausa. Ninguno acierta a empezar a hablar.*)

VENTURA.—Es preciso, Clarita, que charlemos.

CLARA.—Es inútil.

VENTURA.—Se verá.

CLARA.—Y penoso, Ventura.

VENTURA.—Lo dudo.

CLARA.—Peor pa los dos. Quies recibir un desengaño.

VENTURA.—Ni tú lo crees así.

CLARA.—Lo crea o no..., tú harías mejor si me dejases ir; evitarías un mal. No vengo huyendo de tu sombra por capricho; menos aún con gusto, que no hay quien se separe de su alma dulcemente. Huyo de ti, de hablar contigo, porque, perdida la esperanza que tenía, sólo me cabe desear que el tiempo entierre en vida mi amargura.

VENTURA.—(*Emocionado.*) ;Pa quererme?

CLARA.—Pa ver de... poder tratarte como a un hermano.

VENTURA.—Eso es lo inútil, Clara: tu actítuz. Nos queremos, ¿verdad? No te calles ahora. De ti no hay que decir: lo hasregonao. Pero de mí, de que te quiero yo, tu propia boca, que no respira si antes no lo autoriza tu corazón, supo decirme entusiasma al decirarme a ti hace unos días: “¡me has querido siempre!”

CLARA.—Y es así.

VENTURA.—¡Vefas mi alma!

CLARA.—Eso, no. Le quitaría valor a mi cariño. Te quería porque sí, y era mi orgullo esta ceguera. Quererte porque sí, sin razonar, sin la ambición más lógica. ;Yo no veía tu fondo! Cuando decía, y lo dije mucho, ;me casaré con mi Ventura!, me engañaba a mí misma; quería que una mentira me alegrase. Después, Ventura, en los poquitos días que han seguido a aquella noche, cuando tu corazón se te salió pa despertarte; en los coloquios que siguieron; en tu olvido total de todo otro cariño; en tus palabras y en tu mirar; en cuanto hacías y has dicho vi lo

que oíste: "me has querido siempre". ¿Qué te tenía alejado de mí? ¡Vete a saber! La confianza abierta de mi trato o el ardor de otro fuego que te ofrecía intimidar desde un principio; intimidar, Ventura, que ha conseguido al fin, ¡queriéndonos!, separarnos pa siempre,

VENTURA.—¡No lo verán tus ojos!

CLARA.—¡Pa siempre!

VENTURA.—No puede hablarse como tú y...

CLARA.—(Interrumpiendo.) ¡Ya te lo dije! Hablo contigo como puedo. ¡Hablo que to es cariño!; pero también dolor, porque caldeo tu alma con la mía, pa concluir diciendo sin remedio: ¡ya no es posible na!

VENTURA.—¡Ni lo que tú pretendes!

CLARA.—¡Eso allá tú!

VENTURA.—¡Está resuelto, Clara! ¡Que Elena haga lo que quiera! Tú te enteraste por la madre de Elena, según tú, de mi acción alocá; me pediste a mí mismo que te dijese si era verdad el caso, y aun temiendo tu ira y tu desdén, con lo que estás pagando desde que oíste, no te mentí; ¡Elena ha sido mía! ¡Lo fué!

CLARA.—(Angustiada.) Pues cumple.

VENTURA.—¡Ojalá! Pero... ya no es posible. Hombre como los hombres, ni mejor ni peor que los demás, no hubiese hecho mía a esa mujer sin el engaño que sufría. Creía quererla. Después, tarde quizás, es cuando he visto claro. Hasta su nombre huyó de mi memoria al descubrir que a quien quería es a ti. Dejé de verla. Como si no hubiera existido. Pero te enteras tú de lo que había, me suplicas entonces, ¡bendita sea tu alma!, que vuelva a ella, a tu rival; yo me sublevo; insistes tú, y avergonzao de tu castigo, que lo creo merecido, hago esfuerzos enormes por complacerte. Te he dao en to momento la razón. He intentao reparar. Desearía reparar. Más de una vez me he dicho: ¡hala, a querer a tu víctima!, y no he dao un paso. ¡Se me oponía tu imagen! Eres más fuerte; atraes más que la conciencia. ¿Cuál es en este caso mi deber?

CLARA.—El de volver a Elena.

VENTURA.—¡Pero si iría ahora odiándola quizás!

CLARA.—¡Paga tu culpa!

VENTURA.—¿Cuál es? No pequé por maldad. Creí querer. ¡Tú misma, Clara, por cariño, no te ofreciste a mis deseos?

CLARA.—¿Y por qué te asustaste? Yo te inspiré respeto; ¡me querías! Pero ponte en que no. ¡Con qué hubieras pagao? Si yo, ciega por ti, doy cuanto valgo, como viste, y tú lo coges para tu disfrute, pa arrepentirte luego, si es que no lo querías, ¿con qué hubieras pagao? ¡Bien lo pensé después horrorizá! Da a tus deseos y abandoná después, ni la disculpa de mi amor me hubiese consolao. ¿No estará Elena así?

VENTURA.—Quizás que no.

CLARA.—¡Ella te busca!

VENTURA.—No pondrá mucho empeño cuando no me ha encontrado.

CLARA.—(*Iniciando el mutis.*) ¡Allá vosotros!

VENTURA.—¡Clara!

CLARA.—¡Es inútil, Ventura! Tú—mira si es raro y grande mi cariño—, tú no abandonas a esa mujer, que ha sido tuya, por culpa mía; ¡tú, por mi culpa, no haces esa traición! Es más... (*Ahogándose*), me harías feliz si no la hicieras. ¡Si habré soñado con tu nobleza! (*Rompe a llorar y hace mutis por su casa. Ventura queda abrumado. A poco, sin que sea visto por Ventura, llega de la calle DON FERMIN, el cual se disgusta al encontrarse con el que hay en escena y se mete en la portería. Al desaparecer éste vuelve por la escalera el VENDEDOR de miel, quien al pasar por delante de Ventura, que sigue ensimismado, le pregunta.*)

VENDEDOR.—¿Qué usted queso manchego? (*Ventura, sin replicarle y dado a los demonios, hace mutis por su casa, cuya puerta cerrará. El Vendedor dirá entonces, retirándose.*) ¡Cualquiera se equivoca! Debí ofrecerle miel. (*Mutis por la calle con su pregón. Inmediatamente sale SOFIA de su casa diciendo para dentro con enfado.*)

SOFIA.—¡La portería pa usted, señor! Y yo a ca mis vecinas. (*Avanza con dirección a alguno de los cuartos del patio sin acertar a elegir uno, y cuando se decide por el de Clara, DON FERMIN, que aparecerá riendo detrás de ella, la llama y se le acerca.*)

DON FERMIN.—¡Pero, chica!

SOFIA.—Eso, sí; al aire libre, to el pallique que usted quiera; pero en la sombra y sin que esté mi madre no le conozco a usted. Y usted perdone, porque sí que le conozco.

DON FERMIN.—Bueno, mujer. ¡Cualquiera que te oyese! ¡Me propasé contigo?

SOFIA.—Eso a nadie le consta.

DON FERMIN.—(*Riendo.*) Hablas como escamada.

SOFIA.—Con mi cuenta y razón.

DON FERMIN.—¡Se propasaron otros?

SOFIA.—Y con muy mala pata. ¡Siempre me sorprendió mi madre! (*Rie don Fermín y se interrumpe porque oye la voz de CLARA que llama desde dentro.*)

CLARA.—¡Sofía!

SOFIA.—¡Voy, que ese es mi nombre! (*Mutis por la casa de Clara. Don Fermín, solo, piensa contrariado. Después de una pausa.*)

DON FERMIN.—¡Largo se hace el plazo que me dió!

(*Vuelve SOFIA y se le acerca para hablarle bajo.*)

SOFIA.—Oiga usted, don Fermín.

DON FERMIN.—(*Con presentimiento alegre.*) ¡Vienes de parte de ella?

SOFIA.—Eso es pupila.

DON FERMIN.—¡Dime, preciosa!

SOFIA.—Si me calumnia usted no abro el pico.

DON FERMIN.—¡Calla, feúcha!

SOFIA.—Eso es hacer justicia. Y bien: le ruego a usted en nombre de Clarita que se dé prisa en irse.

DON FERMIN.—(*Entristecido.*) ¿En nombre?...

SOFIA.—Sí, señor, de Clarita. Me ha dicho más: cosas, razones; que hace usted mal papel siguiendo aquí; que hay quien haría uno o dos crímenes si se encontrase con usted; que ella desea evitar este suceso; que..., ¡amos!, que está el patio que arde, y me ha dicho to eso pa... pa que se vaya usted sin pérdida de tiempo.

DON FERMIN.—Vas a decirla tú...

SOFIA.—(*Interrumpiendo.*) Usted perdone. Yo tengo ahora ocupación. El hermano de Clara tie ganas de que hablemos, y no me pierdo yo esa coyuntura.

DON FERMIN.—Un favor, chica; que te diga Clarita, sencillamente, si hoy también dice al despedirme "hasta la vista".

SOFIA.—(*Retirándose.*) Hasta la vista, don Fermín.

DON FERMIN.—Que te lo diga ella, fea.

SOFIA.—Y yo, señuar, que a mí me gusta que me requiebren. (*Mutis por la casa de Clara. Don Fermín queda visiblemente inquieto.*)

DON FERMIN.—¡Quiera Dios de que sí!

(*Y sale CLARA, grave y resuelta. A don Fermín se le ilumina la cara; pero se le apaga apenas oye a Clara.*)

CLARA.—¡Oiga, señor, usted es tonto!

DON FERMIN.—Clara...

CLARA.—¡Pero tonto sin curación posible!

DON FERMIN.—Repárese...

CLARA.—¡En na! ¡En qué vasos de oro escupe usted? ¡Por quién se tiene usted, que no le vale na pa disuadirle de un error? ¡Que la otra noche fui y le dije: "hasta la vista"? ¡Y qué? ¡No comprendió el motivo? ¡Tan pasmao estaba usted? ¡No vió que sólo quise interrumpir pa evitar una rífa? Pero si no vió la verdad, ¡qué ha visto usted después, y han pasao días? No ha faltao usted ni uno; no ha lograo verme; lo ha oído to y ha visto usted que el contrincante de aquella noche había vencido, ¡que era mi novio ya! ¡Y na de esto ha bastao pa hacerle huir?

DON FERMIN.—Deduzca usted por eso...

CLARA.—¡Na bueno!

DON FERMIN.—¡Un cariño sincero!

CLARA.—¡Ofendiéndome?

DON FERMIN.—¡Sería incapaz!

CLARA.—¡No es ofenderme, acaso, que sepa usted que quiero a

un hombre que no es usted y que usted me persiga? ¿De qué manera cree que soy?

DON FERMIN.—De una que guarda Dios pa hacer muñecos.

CLARA.—(*Iniciando un mutis desdeñoso.*) ¡Bah!

DON FERMIN.—¿No quiere usted que definamos?

CLARA.—(*Volviéndose.*) Tíe usted razón. Le he mandao decir con la muchacha que se marchase usted pa siempre; ¿lo oye usted?; ¡pa siempre! Y en seguida, señor. (*Temerosa.*) Y esto que le he mandao a decir se lo suplico ahora cara a cara.

DON FERMIN.—(*Emocionado.*) ¿Que me suplica usted?

CLARA.—Se lo suplico, don Fermín. Tengo miedo de verle. Me da usted miedo aquí... por si le viese quien me importa; ¡lo único que me importa!... ¿Aun no le basta a usted?

DON FERMIN.—(*Dolorido.*) Pierda ese miedo, Clara. Puede salir... su... novio y acometer si yo le indigno. No encontraría rival.

CLARA.—(*Con emoción alegre.*) ¡Gracias, señor! ¿Se convenció usted ya, so terco?

DON FERMIN.—Le diré...

CLARA.—(*Nuevamente nerviosa.*) ¿No?...

DON FERMIN.—No quiera usted también que cambie de carácter por un ruego, aunque el ruego sea suyo, por quien haría imposibles. No puedo remediarlo: soy tenaz. Hoy venía yo con la ilusión de mi triunfo próximo más arraigada que otras veces.

CLARA.—¿Y eso?

DON FERMIN.—Estos días atrás, novia usted ya de quien adora, caía yo por aquí sin esperanzas. Era preciso que mi cariño sea lo que es, para insistir. No venía yo, Clarita; era un loco. En cambio, hoy he vuelto esperanzado como nunca, porque me han afirmado que ha roto usted con...

CLARA.—(*Interrumpiendo vivamente.*) ¿Con quién?

DON FERMIN.—Con su novio.

CLARA.—¿Y qué? ¿Mi cariño no es nadie?

DON FERMIN.—Pero ya...

CLARA.—¡Igual, señor! He sido novia de él sólo unos días y mi cariño tiene mis mismos años; hoy ya no soy na suyo y mi cariño está dispuesto a envejecer.

DON FERMIN.—(*Incrédulo.*) ¡Bueno!

CLARA.—¿Duda?

DON FERMIN.—De su cariño, no. Lo que me duele es no inspirarle. ¡Quiere usted como nadie!

CLARA.—¡Gracias, hombre! Ahora va usted a mar...

DON FERMIN.—No insista más... Hasta la vista.

CLARA.—¿Pero piensa volver?

DON FERMIN.—Soy así.

CLARA.—¡Ande y que se le coman cien diablos! (*Mutis.*)

DON FERMIN.—(*Solo y entristecido.*) Soy así..., por decir algo...

¡Bien he perdido la partida! *(Queda ensimismado y llega de la calle el señor LUCAS con cierto nerviosismo alegre. Aparece hablando aparte.)*

LUCAS.—*(Se alegra uno demasiado viendo en la calle tanto cromo viviente. Y se entristece uno también de ver que uno va solo y...)* *(Repara en don Fermín con extrañeza. A él.)* Amigo, ¿pero aun persiste usted? ¿Aun viene usted por este patio? ¿Aun no le han dao pa el pelo?... *(Porque no le hace caso.)* ¡Vaya! Este ha quedao ya pa el arrastre. ¡Ja, ja, ja! *(Haciendo mutis por la casa de Lucrecia.)* ¡Lucrecia, hija, que vengo alegre!

DON FERMIN.—*(Reanimándose.)* ¡Bien está ya, Fermín! *(Inicia el mutis para la calle al propio tiempo que llega ELENA por el portal. Los dos se ven y se detienen: ella momentáneamente contrariada y él satisfecho.)* ¡Chica!

ELENA.—Hola, don Fermín.

DON FERMIN.—Te hacía cadáver.

ELENA.—¡No sea usted ostra! *(Ríe él.)* Se iba usted ya, ¿verdad? *(Sin ser vista por los de escena, sale SOFIA de la casa de Clara con dirección a la portería, pero repara pronto en los que hablan y se sorprende. Así, y oyendo cada vez más sorprendida, retrocede y hace mutis de nuevo por donde había salido. A poco se abrirá a medias la ventana de Clara sin que se asome nadie. No se interrumpirá el diálogo.)*

DON FERMIN.—Si a ti te urge, como das a entender, me evaporo en seguida. Pero permíteme un momento, ya que te veo a los cuatro días. ¿Qué es de ti?

ELENA.—Baje la voz.

DON FERMIN.—*(Riendo.)* ¡Magnífico! Ele, no me pareces tú. ¿Quién ha inventado el miedo para ti?

ELENA.—*(Picada.)* ¡Aun no ha usao el biberón!

DON FERMIN.—¡Ja, ja, ja! Te reconozco ahora. Bueno, muchacha, explícame; ¿qué te ha picado para huir de la reunión? Se ha comentado mucho tu conducta. Allí se te quería. La Puchi, tu compañera de oficina, lo más que nos ha dicho es que te habías caído y cojeabas. *(Rien.)*

ELENA.—¡Discreta que es la chica!

DON FERMIN.—Por otro lado, Quiñones, que es el más obligado a saber de ti, nos respondía con su guasa para justificar tu ausencia: “es que hace oposiciones”.

ELENA.—¡Posible!

DON FERMIN.—Pues no se te consiente ese desvío. Es preciso que vuelvas. Eras la iniciativa de la tertulia. Ahora el café se nos viene encima. No hay bulla, chica. *(Ríe ella.)* Como lo oyes. No seas ingrata. O seme franca; dime el motivo de tu huida. ¿Te ha hecho Quiñones alguna de las suyas?

ELENA.—¡Qué va!

DON FERMIN.—Es que si te has cansado de ese ganso, no faltaría quien...

ELENA.—(Interrumpiendo.) Don Fermín, frene usted, que aun... digiero a quien debo. Y no es Quifiones. Yo con Quifiones, una amistad amable y punto.

DON FERMIN.—Punto y seguido, ¿no?

ELENA.—Pa la malicia no hay barrera.

DON FERMIN.—Ni...

ELENA.—(Interrumpiendo.) Adiós.

DON FERMIN.—No me iba aún.

ELENA.—(Bajo.) ¡No sea usted tostón, que estoy a cuatro pasos de mi novio!

DON FERMIN.—(Extrañado.) ¿De tu...?

ELENA.—¡Natural! De mi novio; mejor dicho: de mi futuro, según yo, y de mi ex novio, según él, que anda estos días atolondrado por una pava. ¡Ja, ja, ja! Me lo quieren hurtar.

DON FERMIN.—No sabía yo...

ELENA.—Se trata de un novio serio. Soy hija, al fin, de familia prudente, y hay que pensar en el mañana.

DON FERMIN.—Me has dado chasco, Elena; todos creíamos que Quifiones y tú os queríais.

ELENA.—Ya se lo he dicho; él es amigo..., un amigo de lujo.

DON FERMIN.—¡Ay, Elenita!

ELENA.—No sea usted afeijo, don Fermín. Y dígame: ¿qué busca usted... por este marquesao?

DON FERMIN.—Eso no importa.

ELENA.—Sindéresis. (Despidiéndose.) Hasta que vuelva por allí, que será pronto. Voy por mi amor.

DON FERMIN.—(Más extrañado aún.) Vista, muchacha.

ELENA.—¿Es un consejo?

DON FERMIN.—Veo ya, por los pasos que llevas, quién es tu... novio, y te aconsejo, calma..., mucha calma. Revístete de fuerzas, que hay quien roba de veras y para siempre.

ELENA.—¡Ja, ja, ja! Yo vivo atrincherá. Si está el palomo bobo, que creo que sí, saldrá detrás de mí pidiendo árnica. Le brindo el toro a usted. (Al ir a llamar a la puerta de Ventura, suspende su acción, contrariada y despectiva, porque aparece CLARA y dice con resolución bravia.)

CLARA.—¡Ele!..., no te hagas daño en los nudillos. (A don Fermín le contraría también la situación y se aparta sin acertar a irse. Detrás de Clara saldría SOFIA, la cual, también aparte y a la expectativa, asiste a la escena de las dos rivales.)

ELENA.—¡Qué gentileza! ¿Y eres tú?

CLARA.—Algo crecida; pero... igual que nací.

ELENA.—¿Es... una puya?

CLARA.—Si te ha escocido no lo dudes.

ELENA.—¡No estoy pa oír simplezas! Concreta, chiea: ¡pa qué me has detenido?

CLARA.—Pa que no choques.

ELENA.—¡Es que ibas a sentir si me hago astillas?

CLARA.—¡Pa mí que no! ¡Ni impresión! Pero es que viste mucho la caridaz, y es lo que me ha movido a impedir un siniestro. Llevabas... mal camino. De modo, Elena, que inclínate de nuevo hacia el arroyo, que es lo que más te tira, y olvida en adelante esta estación. Ha liquidao la fonda.

ELENA.—(*Nerviosilla.*) Como no hables más claro...

CLARA.—¡No has entendido tú, que de lista que eres leen los libros en tí?

ELENA.—¡Es que no quiero...!

CLARA.—¡Entenderme, verdaz?

ELENA.—¡No debo, Clara!

CLARA.—¡Allá tú con tus deudas! Lo que deseo que sepas—y ahora lo oyes claramente—es que Ventura ha muerto, ¡gracias a Dios!, pa tí. (*A punto de oír y en ropa de calle sale de su cuarto la señá TRINI, la cual se detendrá cast en su puerta para seguir oyendo emocionada. La alegra profundamente cuanto la oiga a Clara. Esta y Elena seguirán hablando desentendidas de los demás.*)

ELENA.—¡Antes te...!

CLARA.—(*Imponiéndose.*) ¡No amences! Sería y es inútil cuanto hagas... Vete y olvida, Elena.

ELENA.—(*Abrumada.*) No es posible, Clarita.

CLARA.—Confórmate, que eso es humano.

ELENA.—Ya..., ya es imposible lo que pides. No desconoces na. Has hablao con mi madre y ella te ha descubierto..., te ha hecho saber... adonde hemos llegao Ventura y yo. Tú misma, Clara—de aquí que ahora me abrumes—, has estao hace poco en busca mía, no estaba yo y le has dicho a mi madre...

CLARA.—(*Angustiada y enérgica.*) ¡Na!

ELENA.—¡Clara!

CLARA.—¡No he respirao! He estao en tu casa; he ido en tu busca, al tanto, como confirmas, de lo que ha habido entre Ventura y tú; y he ido, Elena, con las entrañas destrozás, a jurarte, a esperanzarte, a darte ánimos. "Has sido de Ventura—iba a decirte—, y yo no he de quitarte su calor. No estorbo tu mañana. Por mí no has de sufrir que él te abandone. ¡Gánatelo de nuevo! ¡Qué sea tuyo!..." Y ahora te digo lo contrario, ¡y te lo digo, Elena, que estallo de alegría! ¡Ese nació pa mí! No me conmueve tu situación. ¡Te la mereces! No se merece, en cambio, él—¡y sí se lo merece yo no lo creo y me opongo!—que una mujer, ¡tú, la que sea, por mucho que valiese, mienta y le engañe!

ELENA.—(*Engallada.*) ¡Nadie podrá decir de mí...!

CLARA.—¡A tí te apunto!

ELENA.—; Eso es una calumnia!

CLARA.—; De tu boca ha salido!

ELENA.—; Yo no he engañao a Ventura! ; Mi cuerpo...!

CLARA.—; Qué importa el cuerpo cuando nuestra conducta no lo aprecia! ; Y basta ya!

ELENA.—; Claro que sí! ; No sé pa qué te escucho! (Llamando.) ; Ventu...! (No termina la llamada porque se asusta con la actitud de Clara, que al par que grita interrumpiendo se lanza hacia su rival agresivamente. Elena se refugia en don Fermín, que avanza, emocionadísimo, a interponerse entre las dos. Sofía y la seña Trini, también asustadas, acudirán a Clara, la cual se sonríe al ver miedosa a Elena.)

CLARA.—; ; No!!... ; Si le llamas te como!... ; A ese hay que quererle como yo!... (Con ira despreciativa, porque Elena con la cabeza gacha, se deja conducir por don Fermín, que iniciará el mutis llevándosela.) ; Así le quieres tú! ; antes cobarde que mujer!

ELENA.—(Revolviéndose, sin que don Fermín la suelte.) ; Ya te diré! ; No creas que me allano!

CLARA.—; Tá a to! (Don Fermín a viva fuerza se lleva a Elena. Clara queda entre Sofía y la seña Trini, que la miran embobadas, sin saber qué decirle. Hace una pausa, durante la cual, haciendo esfuerzos para reanimarse, lo mismo ríe que llora quedamente. Y habla, por fin, la vieja.)

TRINI.—Cálmate, hija.

CLARA.—Es..., es compasión; ; pero es más alegría, seña Trini!

TRINI.—Serénate.

CLARA.—Pronto. No hay motivo pa menos.

TRINI.—Permíteme, Clarita. Dejé a Ventura que hasta mis ojos le dañaban. Se encerró como un preso. Hija, voy a decirle...

CLARA.—Aun no.

SOFIA.—Hay que calmarse de una vez, y esto se oztiene hablando de otra cosa, y de otra cosa que me tie sin aliento. Dime, Clarita, ¿qué es lo que ha habido entre Ventura y Ele?

CLARA.—; Habrá! { (Y rompen a reír.)

TRINI.—; Jesús!

SOFIA.—; Me he colao?

CLARA.—No, rica, no; me has devuelto a mi ser.

TRINI.—(A Clara, que avanza hacia la casa de Ventura.) ; Pero adónde vas tú?

CLARA.—A la boca del lobo. (Y después, a la puerta, llamando con alegría.) ; Ventura! ; (Se aparta apresuradamente de la puerta.)

TRINI.—; Diablo!

SOFIA.—; Te protegamos?

(Y sale de la casa de Lucrecia el señor LUCAS, diciendo para adentro y gáñándose la atención de todos.)

LUCAS.—Sígueme si te placá

LUCRECIA.—(*Apareciendo en ropa de calle e hinchada como un pavo.*) ; Natural que me place, emperador!

CLARA.—¿Y esto qué es?

LUCAS.—Que la invito a cenar.

LUCRECIA.—; Que se me emperra en que le explote!

SOFIA.—; Así se abusa de los chicos! (*Rien.*)

LUCAS.—; Lo que sea! Los paseos por la calle, donde provocan tanto las caras guapas, y oír, como he oído luego pegao a esa puerta, que tú, Clarita, quieres de un modo que soliviantas, me han llenao de ilusión. ; Mientras se vive es uno nuevo!

CLARA.—; Basta que uno lo quiera!

LUCAS.—; Eres canela fina! (*Rien todos para interrumpirse inmediatamente desconcertados, porque sale VENTURA de su cuarto, de capa y para la calle, nervioso, triste y sin querer mirar a nadie.*)

CLARA.—; Cómo sale éste aún! Oye, Ventura. (*El hace un encogimiento de hombros despectivo que asusta a todos íntimamente. Su madre corre hacia él y le detiene. Sufre Clarita.*)

TRINI.—; Hijo!... ; Tú..., tú sabes lo que pasa?

VENTURA.—; Natural! ; O no tengo yo oído?

TRINI.—; Y te vas?

VENTURA.—Y..., y me voy.

CLARA.—(*Angustiada y sin moverse.*) Ventura... (*Este la mira en su actitud. Ella con miedo.*) ; Adónde vas?

VENTURA.—(*Iluminándose de entusiasmo.*) A..., adónde pueda contenerme, ; porque si continúo ahora aquí te como a besos!

TODOS.—(*Contagiados.*) ; Y ole!

(*Ventura, efectivamente, avanza enloquecido hacia Clara, que tan loca como él y refugiándose entre las otras mujeres, porque el señor Lucas sujetará a Ventura, gritará.*)

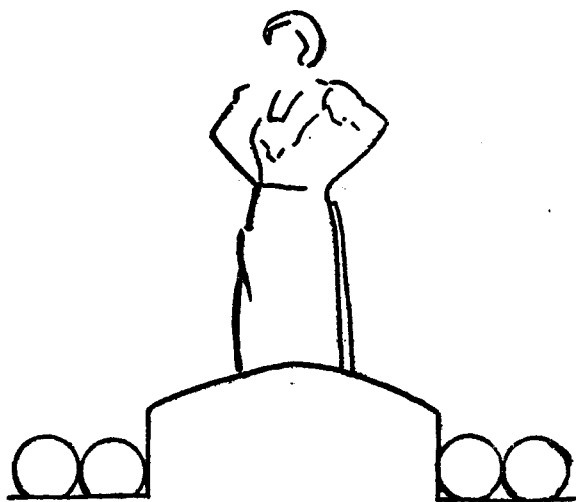
CLARA.—; Vete, Ventura, vete!

VENTURA.—; Me como hasta tu ropa!

CLARA.—; Que estoy muy sosa hoy! ; Vete! ; Vete y no te alejes!
(*Risa general y telón.*)

FIN DE LA COMEDIA





la farsa

ESTA A LA VENTA EN LA
LIBRERIA Y EDITORIAL
MADRID

ARENAL, 9

Donde puede usted sus-
cribirse, adquirir el
número de la semana,
los números atra-
sados que falten
para comple-
tar su colec-
ción

y

pedir el catálogo de
las obras publicadas

PROXIMO NUMERO:

EL REFUGIO

de

Pedro Muñoz Seca

B. Dip. Almería

AL-821-TEL-can



1005149



PEPE TELLEZ MODER

Por

Jutierrez avas

RIVADENEYRA (S. A.).—ARTES GRÁFICAS.—MA

997